

REVISTA CONTEMPORÁNEA

PUBLICACION MENSUAL DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES ETC.

DIRECCION: CORREO COMERCIAL, CASILLA 5093—SANTIAGO DE CHILE

De FERGUS O'COGLEY

Anthea

— SERENATA —

... Aquella noche, Anthea no tuvo visitantes, i pronto se cansó de su mesa solitaria con sus candelabros de bronce i su carpeta de lienzo, i de su propia imájen que la miró con desprecio desde el espejo alto. A su mozo, grande i delgado, i a su bonita i silenciosa doncella, les ordenó retirar las viandas, las frutas i el vino, i, recojiendo sus ricas faldas, salió al vestíbulo del chalet, i subió, en seguida, por la escalera de mármol blanco, a su dormitorio. Cerró la ventana para no dejar entrar la májia turbadora de la luna ni la fragancia pesada del jardin; se desnudó a la luz débil de una lámpara de ágata, admirando negligentemente la belleza de su cuerpo ántes de esconderlo a medias dentro de su camisa diáfana. En la cama, dormitó a la tediosa lectura de un libro de versos eróticos, regalo de un poeta que la habia amado de una a otra alba; así fué que las primeras notas del violin hilvanaron tejidos fantásticos en la tela de sus ensueños.

Cuando despertó, creyó que todavía soñaba, porque la música subia como un incienso que la envolviera. Le parecia venir del jardin, i, a veces, no venir de ninguna parte, sino permanecer, flotar en el aire, encima de los cortinajes de su cama, esconderse en los rincones oscuros de la pieza. Miró un poco asustada; pero luego se convenció de la realidad por la lámpara de ágata, por el libro de poesías amorosas caido sobre la colcha de encaje, por las joyas siniestras, rojas como sangre, que no habia aun quitado de sus dedos delgados i blancos. Se incorporó en la cama, con sus cabellos de oro desparramados sobre los hombros, i escuchó.

Un violin contaba una historia dolorosa a la noche; una guitarra acompañó al violin. Alguna persona, allá afuera, bajo la claridad de la luna, derramaba su alma en sonidos infinitamente dulces i quejumbrosos; una aria exquisita con intervalos cayendo como suspiros. Era tierna, lastimosa. Suplicó el amor, i lloró por la inutilidad de su súplica. Se compadeció de sí misma, aspiró a ser mas, i, en su impotencia, se disolvió en un

sollozo desesperado. Ascendió a un grito de tristeza: «Soi indigno»; descendió a un susurro como una caricia: «pero ámemel!» I siempre murmuró la guitarra su armonía, en un preguntar filosófico, simpático, i, a veces, medio cínico. Anthea suspiró; pero ahogó sus suspiros, de miedo que ellos rompieran el encanto. Porque uños ensueños, olvidados mucho tiempo i pertenecientes a un pasado muerto, se despertaban en su alma; pensamientos nuevos se ajitaban en su mente, i detras de sus ojos azules aumentaban unas lágrimas inacostumbradas. Recordaba los diferentes significados de aquellas palabras dulces en aquellos dias (hace largas decenas de años) cuando no habia joyas, rojas como sangre, en sus dedos; cuando ni sedas ni encajes suntuosos envolvian su cuerpo blanco; cuando un hombre pudo cortejarla llevando nada mas que un violin en sus manos... Prosiguió la música, i en su alma atormentada, la esperanza desabrocha un canto tímido. Silenciosa, secretamente, se levantó de la cama cálida i se acercó a la ventana, temerosa de que la misma pulsacion de su corazon, o el susurro de sus piececitos desnudos sobre las frazadas blandas, pudieran asustar i silenciar a aquel visitante melodioso. Para no dejar ver afuera su sombra, cuidadosamente miró al jardin por entre las cortinas.

La luna, plena i de oro, se ponía tras la cumbre oscura de los cerros que se empinaban hácia el cielo amplio i claro. Aparecía medio escondida por los altos i recortados árboles del jardin de la villa. El jardin mismo aparecía fantástico, sin realidad en sus contrastes vivos de luz i sombra, con su claridad pálida de luna, cruzada por un negro de terciopelo, con sus ninfas i dioses de mármol rudamente blanqueados en las partes donde recibieron el brillo. Del fondo de todo, surjia la música, rogando, implorando. Anthea se esforzó para fijarle el lugar, i pronto vió una forma alta i derecha bajo uno de los cónicos árboles, i otra, oscura e informe; sentada en la base. A pesar de todos sus esfuerzos, no le fué posible distinguirles las facciones a ninguno. Ardió con un deseo loco, impaciente por saber quién podia ser este que venia a cortejarla con la misma injenuidad de un jóven a su primer amor, como las vírjenes sueñan ser amadas. ¡Ai! Los amantes que iban a la villa no estaban acostumbrados a tardar en el jardin. Demasiado a tiempo abria ella la puerta.

Cesó la música del violin con una nota de sostenida melancolía, e hizo sonar la guitarra una cuerda menor final. Esperó desalentada Anthea, i sólo oyó un rumor de voces de hombre. Le pareció esperar horas enteras en su ansiosa conjetura sobre lo que podia venir despues. ¿Tocarian otra vez? ¿Se irian? ¿Se acercarian a su puerta? Sonó en una tentativa la guitarra; surjió entónces de sus cuerdas una armonía rica: invitaba, incitaba al otro a principiar. Al fin, habló el violin; pero no tristemente, sino con un verdadero furor de pasion tumultuosa. Ya no era mas el amante tímido, oprimido por la conciencia de una indignidad: ahora se precipitaba

sobre las alas de la pasión, i no habia nada que no se atreviera a imponer. Donde ántes habia llorado, ahora se encolerizaba; donde humildemente habia suplicado, se ceñía con el amor como con una armadura resplandeciente, i obligaba. Anthea inclinó su hermosa cabeza al ritmo del canto. ¡Ah, ser tan amada! ¿Aun ahora se podia serlo? ¡I si él desistiera, si se fuera, si ella nunca pudiera verlo, jamas sabría quién le habia dicho cosas tan maravillosas, tan inesperadas, a la puesta de la luna en esta bellissima noche de verano! Talvez seria mejor; pero... pero... Toda su alma salió para dar la bienvenida a aquel amor. Abandonó resueltamente la ventana.

.....
 —Es inútil. No oirá. ¿I por qué debe oír?—Así habló el jóven, bajando con desánimo su arco, despues de aquella nota de sostenida melancolía del violin, i de la cuerda menor final de la guitarra.

—Es Ud. una persona de poca fé: un escéptico, dudoso de la sabiduría de sus mayores—dijo el que permanecia sentado bajo el árbol. — ¿No he dicho yo que oirá? Iré aun mas léjos, i afirmaré que en este momento está escuchando detras de esas cortinas, esperando que principiemos otra vez, i mirándonos, siempre oculta a nuestra vista.

—¡Chits! — murmuró el jóven, asustado. — Podria oír. Pero no; no puedo creer. Ud. se burla. Eso es imposible.

—¿El que Ud. cene esta noche con Anthea es imposible? No sólo es posible, sino que va a ser un hecho consumado. Así habria ocurrido hace mucho rato, si no hubiera sido por estos procedimientos románticos e indirectos, nacidos de su juventud e inesperienza, i que yo (¡Dios me perdone!), estoi favoreciendo con esta táctica, a pesar de mis muchos años.

—Sí... riéndose... burlándose... nada mas... yo iré.

—Espere, i óigame. No puedo permitir que su impaciencia destruya un proyecto que he preparado en mi mente para esta noche; un proyecto que, no puedo dejar de pensarlo, me lo ha inspirado un Dios mucho mas viejo i mucho mas sabio que cualquiera de nosotros. Hablemos un poco de los hechos pasados. Es, Ud., mi queridísimo i jóven amigo. Yo soy su preceptor, su mentor, su hermano mayor, con inclinaciones filosóficas, rico en años i en observaciones sabias, que son el fruto de mucha experiencia. A mi viene Ud. un dia con el secreto íntimo de su corazon, la historia de su infatuacion por una mujer de uña belleza deslumbrante, que Ud. ha visto en un carruaje. Ud. la ama con toda la fuerza de su alma; pero está resignado a mantener ese fuego sin esperanza, porque ella es fria, lejana, inaccesible como una estrella. Anda en un carruaje tirado por caballos blancos, ¿quién es Ud., que va a pié, con los zapatos polvorientos, por los caminos? ¿Cómo puede aun mirar tal hermosura cuando pasa? ¿No tengo razon yo?

—Sí, sí... pero ¿por qué me atormenta, repitiéndolo? No sé yo de-

masiado bien que estoi tonto, loco? ¿I es para mostrarme mi locura que me ha traido aquí?

—Paciencia, paciencia. Puede ser; pero no todavía. En seguida. Yo, escuchando todo esto, bien fácilmente, habría podido moralizar, haciendo reflexiones críticas sobre la simulacion del amor, la virtud de las mujeres, los prejuicios de clase i los derechos de propiedad. Habría podido sujerirle el peligro, i, por medio de eso, acrecentarle el deseo. Pero, siendo Ud., mi querido i jóven amigo, mui romántico i mui inocente, yo hago otra cosa. Yo le prometo que, habiendo Ud. dado serenatas a la hermosa, será recibido por ella, i cenará en su compañía.

Aun yo me aparto demasiado de mi acostumbrada vida estudiosa, i me procuro una guitarra para ayudarle mejor en sus tentivas musicales. Míreme sentado con las piernas cruzadas como un trovador vagabundo,... i, sin embargo, Ud. no me da nada mas que oprobio.

—No es eso... pero, por piedad, dígame francamente ¿puedo de veras esperar?

—Todavía tiene dudas. Si yo no fuese, amigo Roberto, una persona de un buen jenio infinito, cargaria mi pié una, dos, tres veces sobre esta guitarra miserable, i mandándola junto con Ud. al infierno, os dejaria a ámbos destrozados. Toque otra vez, i vea si no hablo verdad. Pero no toque esos aires dolorosos, sentimentales. Vamos a tener algo de pasion borrascosa.—I tocó suavemente una nota.

—Pasion, dijo el jóven lentamente. ¿cómo me atreveria? Miró su violin.

Sacudió el otro su cabeza.—Principiaré a creer que Ud. está medio enamorado, no mas. Piense en todas esas bellezas que me ha enumerado con tanta elocuencia: la cara pequeña, oval; los labios tan rojos i tan ricos; la aureola de cabellos, tiziana. ¡Fígrese que está en sus brazos (aunque seria difícil tocar el violin así)—pero fígrese en el primer abandono del amor de una vírjen!—Tocó una cuerda profunda— ¡Así!... ¡una improvisacion!

I el jóven puso el violin bajo su barba; creó la música, de tal manera que las estrellas palpitaban de acuerdo con su pasion, hasta que la forma de una mujer apareció entre los pilares de mármol venoso, que sostenian el pórtico de la villa.

—Ah!... dijo su compañero. I, poniéndose de pié, avanzó con una reverencia profunda.

—¿Quién es? preguntó ella suavemente, i su voz era para el jóven mas dulce que lo que su música habia sido para ella.

—El mas humilde de sus servidores,—contestó el hombre de la guitarra.

Habia algo de desencanto en la voz, cuando ella dijo: Es Ud. entonces; pero... pero hai otro que lo acompaña... el que tocó el violin.

—Es este mi queridísimo i jóven amigo, que, habiéndola visto a Ud. pasar en carruaje, se sintió poseído de un intenso deseo de conocerla, i vino entónces a mí, a quien todo es fácil. Permítame presentárselo... la señorita Anthea... mi jóven i queridísimo amigo Roberto.

Contestó ella con una cierta dignidad al saludo de Roberto, i en seguida se calló un momento, como si le faltaran las palabras. Después se volvió i les invitó á cenar. Pasaron bajo los pilares de mármol venoso; entraron por la puerta alta en el vestíbulo oscuro, con sus fuentes de agua murmuradora, en donde Anthea golpeó las manos, llamando al mozo. Vino éste, i ella le dió órdenes de encender las velas, servir otra vez las viandas, las frutas i los vinos. Sin sorprenderse, el mozo obedeció, miéntras se sonreía el hombre de la guitarra, i el jóven se preguntaba si aquello seria un sueño, sueño en el cual veía a aquella mujer adorable mandando servir una cena para un humilde desconocido como él. A la espera de la luz, Anthea se impacientaba en sus ansias de ver el rostro de Roberto.

Servida la cena, se sentaron a la mesa, aquella mesa larga de la pieza alta i aireada, con su techo pintado al fresco, i sus murallas adornadas de ricas tapicerías, de entre las cuales los espejos les daban a ellos vislumbres misteriosas al mirarse furtivamente. Anthea vió que el jóven tenia una hermosa cara de santo, blanca, pura i fina. Los cabellos eran largos, negros i encrespados. Vió unos ojos profundos, fijos en ella, como en una adoracion, i tembló un poco, dirijiendo una medrosa mirada al otro, cuya fisonomía conocia demasiado: frente grande, ojos burladores, bigotes largos i marciales, de cuerpo robusto, ahora fantástico dentro de su capa de bandido, con la guitarra ornamentada suspendida de sus hombros. Roberto fijó sus ojos en Anthea. Ella habia atado sus cabellos rubios con una cinta de oro alrededor de su frente, i se habia puesto, suelto, un manto bordado, el que, cayendo descuidadamente, dejaba ver la camisa diáfana sobre su pecho blanco i bello. Brillaban sus ojos azules, i esta noche no habia necesitado poner colores sobre sus mejillas; sus labios eran como un vino incitante a un hombre sediento. Ardia la sangre en las venas de Roberto. Cuando la habia considerado inaccesible para él, tan lejana de todo pensamiento egoista, era como una reina de esos cuentos viejos, alta, pura, anhelada vehementemente; una mujer por una de cuyas sonrisas pudo un hombre aceptar con alegría la muerte. Ahora, con una mesa únicamente entre él i ella, era infinitamente mas hermosa en su estado de mujer dulce, cálida, hecha para el amor, los besos i los abrazos estrechos, incitando, provocando a la locura. Sin embargo, esta misma proximidad en la villa lujosa, las circunstancias de su venida, los ojos burladores de su amigo, tenian algo de desconcertante, dando á su alma el sentido de algun peligro o el de una tristeza imprevista.

—Anthea, decia su compañero, tengo que felicitarla por su vino. No

sé cuántos años tiene, ni de que viña procede, ni quiero saberlo; pero él siempre despierta en mí una disposicion calmada i plácida, mui apta para la esposicion de una filosofía jenial como la mia. El me estimula a considerar los placeres de la vida, la deliciosa fragancia que tienen los recuerdos de esas cosas agradables hechas en el pasado, el amor. ¿Qué es este amor?

—¿Me pregunta a mí?—dijo Anthea negligentemente... No sé.

—Es una contestacion que me gusta grandemente, viniendo de Ud. En efecto, ¿cómo sabria Ud? I, sin embargo, si tomáramos en cuenta todas las definiciones que se hacen del amor, su provision de sabiduría podria ser preciosa. Roberto, Ud. no ha tomado su vino. Descuidándole, perderia el prólogo sabroso de una conversacion que va a ser interesante, i me atrevo a decir, instructiva para Ud. en alto grado. Así, pues, ¡una copa a nuestro mejor conocimiento!

Bebieron al mejor conocimiento. I Roberto miró con ansia la garganta desnuda de Anthea, palpitadora al paso del vino; aquella garganta bella como un pilar del mas raro mármol. Otra vez se oyó la voz de su compañero.

—Hablábamos del amor i de su definicion. ¿Quién, en efecto, puede definirlo; lo que cambia de edad en edad? Es el deseo de un hombre por una mujer, i vice-versa. Es suscinta esta definicion; pero aun es incompleta. Me parece que, en los tiempos pasados, pudo esta definicion ser suficiente. No se hablaba entónces de la comuncion de los espíritus, del alma que llama a otra alma, de aquel éxtasis puro, lírico, que cantan los poetas. De veras; es un producto comparativamente moderno este amor: viene del Renacimiento. Creo que debe ser la invencion de algun poeta que se cansó de los temas viejos i heroicos, o que encontró una disminucion en sus ganancias. Los antiguos amaban un cuerpo hermoso, la línea pura de un hombro, la gracia fina de una pierna. Deseaban poseerlo todo. Ahora, tenemos la sentimentalidad que, para mi, es la sensualidad puesta en música no mas. Francamente; el amor entre nosotros es el deseo, como entre los antiguos; pero fueron ménos hipócritas los antiguos. ¿No es cierto, Roberto?

¡Nó! dijo, furiosamente, Roberto. Sus mejillas pálidas se pusieron coloradas, i sus ojos pasaron de la cara maliciosa del filósofo a la de Anthea, que lo miraba con los labios separados i los ojos abiertos i preguntadores. ¡El amor no es todo deseo! Es mas, infinitamente mas: es la adoracion; amar es servir. Uno que ama verdaderamente, ¿quiere con sus deseos viles ensuciar la imájen de la amada? ¿no la entroniza en belleza i en pureza? ¿no permanece encantado besando la tierra donde ella pisa? Es su servidor, su esclavo. Moriria con alegría por ella, aunque ella no supiera que la amaba. Si le da una sonrisa, es el paraiso que le da. Si nó, el haberla servido es su recompensa. Desear ¿qué? ¿destruir esa pureza blanca

i maravillosa; lo que es mas adorable en ella? ¡Ah, pobre filósofo; nunca ha amado Ud., porque amar es hacer sagrada a una mujer!

Se calló, medio avergonzado de su esplosion. Anthea se inclinaba hácia él; su pecho blanco se hinchaba de suspiros. El otro lo miraba, con los ojos medio cerrados, por sobre una copa llena de vino.

—Roberto, dijo, su retórica es buena. No voi a decir que su lójica sea tan buena... ¿Por qué está Ud. aquí? No... no busque una contestacion; es un gasto de tiempo. Yo le doi gracias por esta nueva i deleitable definicion. Sin duda es nueva tambien para Ud., Anthea. Ud. no ha pensado nunca, ¿no es cierto?, que las mujeres pudieran ser amadas así, que aun el destino pudiera traerle un hombre que la amara así. Por supuesto, ninguno de sus amantes le ha hablado tan elocuentemente de—por ejemplo —la pureza blanca i maravillosa...

El color habia huido de las mejillas de Anthea. Vislumbró a Roberto, i vió su mirar azorado. La voz del otro prosiguió con su entonacion monótona i burladora:

—No es probable. Han sido, todos, hombres de mundo, i todos conocian el valor de la discrecion. I aun admitiria Ud., yo creo, Anthea, que con su versacion mas comun, mas ante-Renacimiento (aun mas terrestre) del amor, ellos i Ud. han pasado muchas horas agradables. Admitiria tambien que su concepto tiene esta superioridad sobre el de Roberto, que trajo como cortejo esta hermosa villa, sedas finas, i joyas para el adorno de su sér tan admirable, i un vino que yo caracterizo como sin rival. Sí; i la han honrado, en el sentido clásico, sin ninguna invocacion a la definicion de nuestro querido jóven amigo. Aquel pintor—¿fué en el invierno pasado, o en el otoño, Anthea?...

—¡Por piedad, no diga mas!, gritó ella; su cara divina se habia tornado gris, como si hubiera envejecido—¡Cállate o saca afuera tu amigo!...

—Ud. me sorprende. Hemos hablado tantas veces de estas cosas, ¿no es cierto? i siempre han parecido darle gusto. Sólo quiero recordar cómo aquel pintor a la primera vista de su divino cuerpo desnudo, concibió su obra maestra;... pero, Roberto, mi amigo, ¿qué tiene?

Roberto habia dejado bruscamente su silla, i el vino de su copa, vertido, manchaba como de sangre el mantel. Cerró sus manos nerviosamente. Todo su cuerpo temblaba con una emocion terrible, i sus ojos, profundos i brillantes, se clavaban sobre la infeliz Anthea.

—¿Es verdad? preguntó con voz sofocada.

Ella lo miró con desesperacion; pero no contestó, i cuando él, cruelmente, repitió la pregunta, se cubrió la cara con las manos i lloró. Entónces él tomó su violin, lo rompió i salió, hundiéndose en la noche.

El silencio fué interrumpido solamente por los sollozos de Anthea,

hasta que el hombre, habiendo bebido su copa, dijo: Este jóven tiene aptitudes dramáticas.

Ella exclamó desesperada. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Qué quieres, mi Anthea querida? contestó;— el muchacho, como te digo, se enamoró locamente de tí, creyéndote a tí lo que nunca has pretendido ser. Buscó mi ayuda. Habria podido decirle la verdad; pero no habria creído, i habria seguido perdiendo su tiempo en tejer ilusiones. Por razones de conciencia no pude permitir una decepcion. Concebí la idea de abrirle los ojos de tal manera, que mis aseveraciones serian corroboradas por tu silencio, si no por tu afirmacion. Al mismo tiempo, ví que se presentaba una oportunidad de introducir en tu mente— esa mente que, puedo decirlo, carecia absolutamente dereflexiones morales— alguna idea de los premios que se dan a la virtud, aun a este lado de la tumba. Un amor, mi Anthea, como el que describió Roberto, nunca puede ser tuyo. Si lo has pensado por un momento, ahora has comprendido la leccion, i la sabes. Es dado sólo a las bellas que no escuchan la voz de la tentacion, a las vírgenes elejidas que viven honrosa i castamente, el ser cortejadas con la música de los violines i con los apóstrofes a la pureza. Espero que tu alma, esta alma vagabunda, mi Anthea, será ahora mejor, como consecuencia de la comedia de esta noche. Ahora, si quieres, tomemos otra copa de tu vino tan rico.

Levantó ella sus ojos, i habia en ellos una fatiga inespresable. Preguntó con amargura:—¿Por qué permaneces aquí, si has terminado tu discurso moral?—

Sonrió a ella por encima de una nueva copa.—Es porque he terminado mi discurso moral, dijo, que permanezco...



Los trasportes en 1850

En 1850 se ocupaba el ingeniero Campbell en hacer los estudios del ferrocarril que debía unir a Santiago con Valparaiso; i los datos por él recojidos nos permiten comparar las dificultades de transporte observadas en aquella época, con respecto a los actuales medios de movilizacion. El ingeniero Campbell estimaba que en el año referido la carga transportada era de 90 000 toneladas, las que exijian 20 211 viajes, de carretas i 250 314 de mulas; cada carreta cargada recorría el trayecto de Santiago a Valparaiso en siete i medios dias en verano i empleaba quince dias en invierno; el flete de la tonelada de carga equivalía entónces a 43 pesos de nuestra actual moneda chilena. Hoi los trenes de carga hacen el mismo trayecto en 9 horas i el tren directo de pasajeros en tres i media horas.

La carga que en 1909 se movilizó por los ferrocarriles del Estado en su línea central, equivale a 4 022 000 toneladas que recorrieron el trayecto entero de 187 km que existe entre Santiago i Valparaiso.

Con los medios i cifras indicados por Campbell, ese transporte habria requerido 903,229 carretas i mas de 11 millones de mulas. Por la movilizacion de la indicada carga en 1909, los ferrocarriles del Estado cobraron \$ 26 664 000. Con los precios del tiempo de Campbell, el comercio habria pagado \$ 172 946 000, lo que da un menor costo de transporte de \$ 146 282 000.

Segun Campbell, en 1850 el número de viajeros entre ámbas ciudades fué de 25 000, que exijian para su transporte 16 000 viajes de birlocho. El trayecto se hacia en 16 horas i el precio por cada pasajero equivalía a \$ 73 de hoi. El número de pasajeros transportados en 1909 por los ferrocarriles en la red central del Estado, equivale a 2 657 000 personas que recorrieran la distancia entera entre Santiago i Valparaiso. Este número habria exijido 1 700 480 viajes en birlocho en 1850 i el precio de su transporte habria sido de \$ 193 961 000, miéntras que los ferrocarriles han cobrado solamente \$ 14 351 000, lo que arroja una diferencia de \$ 179 610 000.

Resulta, pues, que ademas de la posibilidad i de la rapidez de transporte, merced a los ferrocarriles, ese público de hoi se habria beneficiado con una economía de \$ 326 millones en un solo año.

* * *

Los ferrocarriles presentan, como empresa de transporte, un aspecto comercial o industrial; i en tal sentido, pueden ser fuente de inversion

lucrativa de capitales. Mirándolos sólo desde este punto de vista, las compañías o empresas particulares han solido acometer la construccion i explotacion de líneas férreas, siempre que el capital de establecimiento i explotacion guarde con su rendimiento, una relacion que asegure ganancias suficientes.

Las condiciones naturales o topográficas del pais, son parte, desgraciadamente, para que, por ahora, la construccion de ferrocarriles no presente en Chile mucho campo ni grandes atractivos a los capitales privados.

Lo accidentado del suelo es causa de que las construcciones ferroviarias sean difíciles i de subido precio. Los movimientos de tierra suelen ser considerables i onerosos; las obras de arte se multiplican i asumen fácilmente proporciones no despreciables; los trazados adquieren formas sinuosas; las gradientes i pendientes se hacen inevitables i las distancias es forzoso alargarlas buscando pacientes i fatigosos desarrollos, circunstancias todas que exigen, no sólo fuertes sumas como capital de primer establecimiento, sino que gravan considerablemente la conservacion i explotacion de la línea.

Por otra parte, la produccion del pais no es suficientemente intensa o está representada por frutos o artículos, que sólo resisten tarifas bajas de transporte.

Solamente, pues, donde no se presentan esas circunstancias adversas, el capital particular ha podido explotar ferrocarriles entre nosotros: ha buscado terreno ménos accidentado i suelo fértil; productos abundantes, valiosos i concentrados en grandes cantidades. De aquí que los ferrocarriles particulares chilenos sirvan casi exclusivamente minas o salitreras.

* * *

Pero, fuera del punto de vista en que se coloca el simple industrial, el hombre de Estado debe contemplar otro aspecto importantísimo que presentan los ferrocarriles i que está ligado directamente a la prosperidad pública. Los ferrocarriles, en efecto, aun cuando huelga decirlo, facilitan i estimulan considerablemente las relaciones comerciales de todo jénero, convirtiéndose en un instrumento poderoso que permite explotar terrenos e industrias i valorizar productos variados que requieren, como condicion indispensable de existencia, transportes baratos, oportunos i rápidos.

Para el intercambio comercial, para el canje de las ideas i aspiraciones, i de todo lo que constituye las necesidades morales i materiales de los pueblos; para la satisfaccion de la sed insaciable de vida i de progreso de la humanidad, los ferrocarriles tienen todo el valor inmenso de un esfuerzo jigantesco i afortunado hácia la anulacion del tiempo i de las distancias.

De ahí se deriva la acción enorme que ejercen los ferrocarriles en el desarrollo de la producción colectiva i en el bienestar jeneral; i de ahí que hayan podido provocar, principalmente en las grandes naciones ferroviarias, una revolución económica sin paralelo en la historia.

Autoridad tan eminente como M. Picard, ha estimado en cinco mil millones de francos el aumento de la producción anual de Francia, debido a la sola influencia de los ferrocarriles.

Todo ésto obliga a ser debidamente considerado por los hombres de Gobierno.

Se debe pesar i tomar mui en cuenta la extraordinaria economía que el comercio, las industrias i el público, realizan en los trasportes, lo que equivale a crear, o dejar disponibles, nuevos capitales para nuevas industrias; se debe asimismo no olvidar que los ferrocarriles acrecientan grandemente las rentas fiscales, merced al considerable aumento que introducen en el rendimiento de los impuestos, como consecuencia del mayor vuelo que adquiere la riqueza pública.

Suprímense los ferrocarriles salitreros, suprímense los ferrocarriles de nuestros puertos, i calcúlense en seguida los reducidos derechos que recaudarian las aduanas de la República.

No ménos profunda es la influencia de los ferrocarriles como elemento de transformación social, de unidad política i moral de las naciones; como factor de órden, de policía i de seguridad pública; de defensa nacional i de perfeccionamiento administrativo.

Aun cuando nuestra red ferroviaria es todavía pequeña i relativamente de corta data, para medir su importancia i necesidad desde esos puntos de vista que afectan a la colectividad, para aquilatar las modificaciones que ha introducido en la vida i en los hábitos de la comunidad i del individuo, bastaria también imaginarse las perturbaciones i las consecuencias enormes, que la paralización o supresión de los ferrocarriles, nos acarrearía.

Los ferrocarriles, pueden, pues, desde un punto de vista estrecho, ser sólo una conveniencia comercial o industrial; pueden constituir un lucrativo o buen negocio; pero mas que ello, i por encima de todo eso, son i deben ser una aspiración social, una necesidad colectiva, una entidad, un organismo del mas alto interés público.

I es ésto lo que justifica, lo que obliga la acción del Estado como constructor o empresario de aquellos ferrocarriles que no serian ventajosos desde el esclusivo i limitado punto de vista del negociante. I éste es el papel que afortunadamente han sabido desempeñar siempre nuestros poderes públicos i esa es la razón i causa de la actual red de ferrocarriles fiscales chilenos.

* * *

La eficiencia de los ferrocarriles en la economía i en los destinos de los pueblos es hoy día comprobada e indiscutible i es, hasta cierto punto, una vulgaridad el demostrarla. Fué puesta en duda, sin embargo, i aun negada en sus principios, en la misma progresista i rica tierra de sus orígenes.

Se les consideraba únicamente por su faz mercantil.

Por eso, no sólo es satisfactorio para el patriotismo, sino que es un obligado homenaje de justicia, recordar que los estadistas de la República, hace sesenta años, acometieron la construcción de nuestros primeros ferrocarriles fiscales justamente con ese amplio criterio, con esa segura apreciación del bien público que no reduce la construcción de una línea férrea, a una elemental operación aritmética, que suma o resta los gastos o las solas entradas que en forma directa o inmediata, pueda originar.

En esa época, venciendo toda clase de dificultades políticas i financieras, nuestros gobernantes emprendieron la para entonces formidable obra del ferrocarril a Valparaíso, con una fé en el porvenir i con una clarividencia, que quizás no ha rayado mas alto muchos años después.

«El ferrocarril es una de aquellas obras de una utilidad incalculable que debe acometerse sin acobardarse por las dificultades», decía el Ministro del Interior don Antonio Varas en 1851. I no silenciando que habría muchas dificultades para allegar los fondos necesarios i para ejecutar la obra, agregaba: «a pesar de todo debe marcharse de frente.»

Por otra parte, el Presidente de la República exclamaba al inaugurar el ferrocarril ya terminado: «Los ferrocarriles son la expresión del movimiento, de la industria i del desenvolvimiento de la cultura intelectual, «facilitando la comunicación de los diversos pueblos de la tierra.»

Tal fué el espíritu con que esos mandatarios, haciendo prodigios con un erario miserable, emprendieron valerosamente nuestros primeros ferrocarriles fiscales.

Ha dicho Macaulay: «De todas las invenciones, esceptuando sólo el alfabeto i la imprenta, las que abrevian las distancias son las que mas han contribuido a la civilización de la especie humana. Cada adelanto de los medios de locomoción beneficia moral, intelectual i materialmente, i no sólo facilita el intercambio de las varias producciones de la naturaleza i del arte, sino que también tiende a remover las antipatías nacionales i provinciales i a ligar entre sí todos los vástagos de la gran familia humana.» (Hist. de Inglaterra, Cap. III).



La Balada de la Vida Exterior

I crecen los niños con ojos profundos que no saben nada,
i crecen i mueren, i todos los hombres imitan su marcha.

I crecen los árboles,
i las frutas ásperas
en dulces devienen, i las frutas dulces
—como ruedan los pájaros muertos—
se caen de noche, de las quietas ramas,
yacen pocos días
i se pudren luego sobre la hojarasca.

I soplan i soplan i soplan las ráfagas,
i siempre i de nuevo nosotros oímos
palabras,

palabras que hablamos,
i siempre, de nuevo, sentimos
el placer i el cansancio que sienten
los miembros en todas las razas.

I corren caminos por entre la yerba,
i, desparramadas,
hai ciudades que prenden antorchas,
i viven entre árboles,
i tienen cisternas que nos amenazan,
fatídicamente, sin agua:
I por qué las hicieron? Las unas
a las otras ciudades igualan?
son muchas? son muchas? su cifra es mui larga?
i de dónde vienen los cambios que alternan
la risa con lágrimas?
i de dónde vienen
las mejillas pálidas?
i con todo ello
los hombres qué ganan?
qué ganan
estos juegos sublimes i eternos

que somos nosotros, que son nuestras almas?
 seguimos siquiera
 la meta deseada?
 de qué pueden servirnos las cosas,
 las innúmeras cosas miradas?...

...I, con todo, muchísimo dice
 el que dice: la Tardel palabra
 que destila sentido mui hondo
 i un raudal de tristeza que mana
 cual la miel que, en suavísimos grumos,
 de los huecos panales resbala.....

Traducción de
 GUILLERMO VALENCIA.

El triple velo

2 de Diciembre, 1851.—Haz de tí un sitio para el misterio: no te ares entero con la reja del exámen, sino deja en tu corazon un pequeño ángulo en barbecho para las simientes que aporten los vientos, i reserva un rinconcito sombrío para las aves del cielo que pasen; ten en tu alma un lugar para el huésped que no esperas i un altar para el Dios desconocido. I si un pájaro canta en tu follaje, no te aproximes precipitadamente para domesticarlo. I si sientes algo nuevo, pensamiento o sentimiento, despertarse en el fondo de tu ser, no te apresures a llevar la luz ni la mirada; proteje con el olvido al jérmen naciente, rodéale de paz, no abrevies su noche, permítele crecer i formarse i no divulgues tu dicha. Obra sagrada de la naturaleza, toda concepcion debe envolverse en el triple velo del pudor, del silencio i de la sombra.

FEDERICO AMIEL.

La inocente diplomacia de Elena

Un hermoso jardín sobre un terrado se extendía mas allá de las puertas Esceas; i era el paseo habitual de los Troyanos i de sus mujeres.

Una tarde, sentados en un banco del jardín, Priamo, Thimoetes, Lampos, Klitios, Antenor, Hiketaon i Ukalegon, viejos venerables, departían juntos acerca de las noticias del día, cuando acertó a pasar Elena. I entónces se dijeron los unos a los otros en voz baja:

No es estraño que los Troyanos y los Aqueos se avengan a sufrir tantos males por semejante mujer, que se parece, por su hermosura, a las inmortales diosas.

* * *

Hablaban así, porque eran viejos próximos a morir i porque la vista de Elena les deparaba una postrera alegría.

Pero mui distinto era el pensar de la virtuosa princesa Andrómaca, mujer de Héctor. Cuando llegaron a sus oídos las palabras de los ancianos:

—No es raro—dijo—que los viejos chocheen i no comprendan la monstruosidad de que todo un pueblo soporte los males de la guerra i que millares de hombres se maten por culpa de una mujer sin pudor.

—Elena no es una mujer sin pudor—respondió Héctor.—Su comportamiento es correcto. Con frecuencia recrimina a París i querría sustraerse a su amante influjo. Ella misma se califica duramente. Pero ¿qué va a hacer, si es una triste víctima del destino?

—Eso se dice con mucha facilidad—replicó Andrómaca.—Sólo que, ya se ve, vosotros los hombres estremáis vuestra indulgencia a favor de las mujeres descarriadas, siempre que sean bonitas, i, en cambio, la oscura virtud de vuestras esposas, maldito lo que os importa.

—Nos importa i la estimamos en lo mucho que vale. Pero lo cierto es que no puede decirse que la hija del Cisne i de Leda sea una mala mujer, i que hai en ella no sé qué encanto, suficiente para aplacar nuestro enojo.

—Únicamente los hombres—dijo Andrómaca—se dejan seducir por tales hechizos. En cuanto a mí, confieso que Elena me causa horror cuando pienso que ella es la culpable de las desgracias que aflijen a mi ciudad.

* * *

Andrómaca i su marido conversaban así en una de las cincuenta camaras nupciales de piedra pulimentada, construidas las unas al lado de las otras, i donde dormian los hijos de Príamo con sus esposas lejítimas.

Elena habitaba, en compañía de Páris, un pabellon apartado, de donde únicamente salia algunas veces para respirar el aire libre en los jardines de las Puertas Esceas. Era sencilla, reservada, un poco tímida. Se estrañaba de su propia aventura i la atribuia de buena fé a la voluntad de los dioses. El convencimiento que poseia de su belleza i del sortilejio ejercido por su persona, la hacia insensible a los juicios desfavorables i a las palabras desabridas. Pero, sin embargo, como habia sido educada severamente en Esparta, se daba triste cuenta de lo irregular de su situacion; comprendia i hasta hallaba justa la hostilidad de que era objeto por parte de las mujeres honradas, i hubiera querido desarmar su enojo a fuerza de modestia, de recato i de dulzura.

Las Troyanas habian decidido ir en procesion al templo de Atenea i depositar a los pies de la diosa un velo ricamente bordado, para que se apiadase de la ciudad.

Elena esperimentó el vivo deseo de tomar parte en la ceremonia.

Desde que siguió a Páris, habia adoptado los dioses i, por consecuencia, la patria de su amigo, i era toda una buena Troyana. Ademas, preferia a las costumbres de su antiguo pais las costumbres i la vida de Troya: encontraba aquí un arte quizá ménos puro, pero mas comodidades i mayor lujo que en la austera Lacedemonia.

* * *

Una tarde que Elena paseaba junto a las Puertas Esceas, pasó a su lado Andrómaca.

Elena se oscureció respetuosamente ante la esposa de Héctor. Pasó Andrómaca con la cabeza erguida i la dirijió una mirada glacial. La amiga de Páris volvió a su casa, derramando abundantes lágrimas.

Pero aunque Andrómaca la habia mirado mui por encima, no dejó de reparar en la armonía de su *toilette* i en cierto bordado que adornaba su traje. Por la noche le dijo a Héctor:

—Esa mujer será lo que sea, pero reconozco que tiene mucho gusto para vestir.

Elena lo supo i se apresuró a proporcionar a una de las doncellas de Andrómaca el dibujo del bordado que habia llamado la atencion de la virtuosa princesa. Añadió a este presente algunos consejos sobre el modo de confeccionar los trajes, los cinturones i los mantos.

Andrómaca consintió en que sus doncellas se aprovecharan de estas indicaciones. Les permitió tambien que ejecutaran el consabido bordado i, pocos dias despues, se presentó en el paseo con aquel nuevo adorno.

Vió a Elena, que aquel dia llevaba un traje mui sencillo i completamente liso, i entónces Andrómaca miró sin malevolencia a la compañera de Páris.

* * *

Al dia siguiente, Elena encontró en el jardin del rei al niño Astyanax, que iba en brazos de su nodriza.

Pidió cortesmente permiso al ama para besar «al hijo del mas valeroso de los hombres i de la mas virtuosa de las mujeres». El niño, viéndola tan bella, se sonrió, prorrumpió en murmullo cariñoso i pasó sus manecitas por el suave rostro de la Tyndaride.

—¡Quién pudiera—suspiró ella—tener un niño tan hermoso! Pero los dioses me han negado esta ventura.

I sus ojos se cubrieron de lágrimas.

—A vuestra edad, no hai que perder la esperanza—dijo amablemente la nodriza.

¡Ai!—respondió Elena.—Mucho me temo que los dioses me hayan condenado a ser estéril (1). De todas las señales de su cólera, ninguna me afecta tanto como esa.

* * *

La nodriza repitió este diálogo a su señora, en presencia de Héctor.

—Hai que confesar—dijo Andrómaca—que esa mujer, a pesar de todo, conserva algunos sentimientos laudables.

—Estoi convencido—dijo Héctor—de que Elena hubiera sido una buena esposa i una buena madre de familia... ¡Qué mejor prueba que su deseo de tener hijos!... No hai duda de que su destino está en contradiccion con su carácter... Su desgracia procede de haber conocido a Páris, que es el mas seductor i el mas astuto de los hombres... Pero Vénus lo ha querido así; i, seguramente, Vénus es quien la mantiene estéril, para que se conserve hermosa... Así es que lo que constituye su gloria, constituye tambien su castigo. Pues, en fin...

—Amigo mio—dijo Andrómaca—tened cuidado: la defendeis con excesivo calor i divagais un poco.

(1) No ignoro que, segun una tradicion, Elena tuvo de Teseo una hija: Hermione. Pero deliberadamente he prescindido de este detalle.—(N. del A.).

* * *

En aquel instante, una criada de Elena trajo un juguete magnífico destinado a Astyanax: un carrito de plata tirado por dos caballos de madera de cedro con arneses de oro.

El niño, encantado, batió palmas.

Andrómaca, molestada por el obsequio, trató de devolver el juguete. El niño se echó a llorar. Héctor intervino:

—Si devolvemos ese carrito—dijo—daremos un disgusto a esa pobre criatura i ofenderemos sin razon a una mujer que ha cometido indudables faltas, pero que te admira, te respeta i rinde homenaje a las virtudes que no ha sabido practicar. Aceptemos el juguete: esto no nos compromete a nada, i me figuro que no temerás que la amistad de Elena pueda ser nociva a un niño de dieciocho meses.

Añadió prudentemente:

—Tampoco debes abrigar ningun temor por lo que se refiere a tu marido. Elena no es una coqueta... Además, tú eres tan bonita como ella, sobre todo desde hace algun tiempo. Te compones mejor que ántes i me gustas cada día mas.

Andrómaca oyó muy complacida estos piropos; pero se guardó muy bien de decir quién la habia enseñado a componerse mejor.

* * *

Cuando Páris, salvado por Vénus de los furores de Menelao, entró lastimosamente en su palacio, perseguido por las imprecaciones de Héctor:

—¡Ai!—dijo Elena, soltándose con arte los cabellos.—¡Qué desgraciada soi!... ¿Por qué no plugo a los dioses que el mismo día en que mi madre me dió a luz me hubiera arrastrado un torbellino a lo alto de una montaña o me hubiera abismado en las olas, ántes de verme como me veo?... Pero ya que los dioses dispusieron estos males, querria por lo ménos ser mujer de un guerrero mas bizarro... ¡Feliz Andrómaca, esposa intachable del invencible Héctor!... Verdad que Andrómaca se lo merece todo.

No tardó en enterarse Andrómaca de este laudatorio discurso.

—Bien pensado—dijo a Héctor—la pobre Elena tiene alguna disculpa. Cuentan que su marido es un poco mentecato... Elena influiria favorablemente en Páris, si Páris tuviese corazon... No se enyanece de su delito i respeta lo que es respetable.. Además, seria pueril suponer que ella es la verdadera causa de la guerra. Salta a la vista que su rapto ha sido un simple pretesto. A falta de él, los Aqueos hubiesen inventado otro. Con

razon se queja la pobre de su fatalidad. Es indudable que la fatalidad entra por mucho en su situacion. Es una mujer que merecia haber sido virtuosa.

* * *

Se acercaba en esto el dia designado para que las Troyanas llevaran el velo sagrado al templo de Atenea.

Elena fué a ver al rei Príamo, el cual siempre la habia tratado bondadosamente.

—Padre—le dijo:—yo querria asistir a esa ceremonia, no por vanidad, sino para demostrar que mi corazon comparte los sentimientos de mi nueva patria i que ellas no me consideran ya como extranjera. Os suplico, pues, que me conduzcáis al templo en el momento en que las esposas Troyanas entren, a fin de que pueda agregarme a la comitiva.

—Querida hija—respondió Príamo—haré lo que deseas. Pero ¿no temes que las esposas de los Troyanos, i sobre todo la orgullosa Andrómaca, te hagan un bochornoso desaire?

—Allá veremos, padre, lo que ocurre.

* * *

La procesion de las mujeres llegaba al pórtico del templo cuando apareció allí Elena, conducida por Príamo.

Tímida i con los ojos bajos, se colocó en última fila.

Pero Andrómaca, que la vió, se dirigió a ella i, tendiéndola la mano le dijo estas palabras:

—¡Señora, cuánto tenemos que agradeceros que hayais venido!



La buena ladrona

Jesus, en compañía de Pedro, Andres, Santiago, Juan, Tomas i Júdas, pues los apóstoles no eran doce todavía, se dirigia a Cafarnaum.

Con el objeto de evitar las horas de bochorno habian salido poco ántes de que se pusiese el sol, i debian andar una parte de la noche.

Sus recursos estaban casi agotados. En la bolsa de cuero que Júdas llevaba debajo del manto, apénas quedaban seis denarios de plata. Pero en Cafarnaum, Pedro, Andres, Santiago i Juan se proponian trabajar durante algunos meses ejerciendo el oficio de pescadores. Tomas ejerceria el suyo de zapatero, i Júdas entraria miéntras tanto en las oficinas de un publicano para hacer escrituras. I todos vivirian en casa de Salomé, la madre de Santiago i Juan; pues la casa era grande; i luego, en cuanto recojiesen algun dinero, se pondrian de nuevo en camino i reanudarian la predicacion de Jesus por toda la Galilea.

El camino serpenteaba entre dos filas de olivos, cuyos tortuosos troncos parecian negros bajo el cielo enrojecido por el poniente.

Júdas dijo a sus compañeros:

—Me he unido a vosotros porque la justicia me gusta. Vuestra pesca no os reportará mucho, pero os seria mas fructifera si supieseis ponerlos de acuerdo con los demas pescadores del lago para imponer los precios a los mercaderes de pescado, hombres injustos i codiciosos.

—Es cierto—respondió Juan;—mas tú hablas como si este mundo no fuese una morada transitoria.

—Aunque sea transitoria, no por esto debe despreciarse—replicó Júdas.

Lentamente salia la luna derramando sobre los olivos una especie de ceniza azul.

El camino atravesaba una suerte de desfiladero, entre dos colinas rocosas. De repente, detras de unas malezas surjieron cinco hombres.

Tenian feroz aspecto i estaban armados con cuchillos i estiletos.

Uno de ellos, el jefe, era mui alto i llevaba un airon en el turbante.

Cerraron el paso a los viajeros, i con amenazas les intimaron a que se detuviesen.

Pedro alzó el baston para defenderse. Pero Jesus dijo:

—No resistais.

I Tomás murmuró:

—Despues de todo, los ladrones serán los robados.

I los ladrones registraron las vestiduras de Jesus, de Pedro, de Santiago, de Juan, de Andres i de Tomas, sin encontrar nada.

Pero Júdas quiso huir i el jefe de los ladrones le alcanzó, se apoderó de la bolsa de cuero, encontró los cinco denarios, i dijo:

Poco es; pero es algo, dado lo malo que están los tiempos.

I añadió:

—Podeis continuar vuestro camino, no quiero hacer os ningun daño.

Jesus i sus discípulos continuaron, pues, su camino, i Jesus les hablaba del reino de Dios.

Júdas, que no cesaba de suspirar, dijo a Jesus:

—Maestro, no es el dinero lo que me gusta, es la justicia, i por esto quisiera que el dinero se repartiese equitativamente entre los hombres..... Sueño con una sociedad de hermanos que trabajen en comunidad i practiquen la virtud, de los cuales fuese yo el administrador i el tesorero, a fin de que pudiesen vivir en paz.

Estas palabras hicieron sonreír a Tomas, i Jesus respondió a ellas con la parábola de los pájaros del cielo i de los lirios que hilan.

I como la luna acababa de ocultarse, ninguno de ellos vió que una mujer les seguía.

Para dormir, se detuvieron en un paraje que las rocas abrigaban. I Juan dijo alegremente:

—Durmamos sin inquietud como los lirios de los campos. Puesto que nada poseemos, nada tenemos que temer de los ladrones.

Cuando al despuntar el día despertaron, vieron a una mujer que les estaba mirando i que tenía una bolsa en la mano. Esa mujer, jóven todavía i con la cara cubierta de afeites, estaba vestida con oropes raídos i llevaba aros en los brazos i en los tobillos.

Se dirigió a Jesus, i entregándole la bolsa, le dijo:

Señor, tened lo que os han quitado.

Jesús tendió la bolsa a Júdas, que la abrió en seguida para ver lo que contenía.

—Esta bolsa—dijo Jesus—contenía ayer seis denarios.—¿Por qué contiene hoy nueve?

—Es cierto—respondió Júdas.

La mujer se puso colorada i no acertó a responder. Al verla así, Tomas le dijo afablemente.

Señora, nuestro agradecimiento es grande; pero, cómo ha llegado a vuestras manos nuestro dinero?... I, por qué nos lo devolveis con usura?

—Yo soi, respondió la mujer—la amiga de Dímas, el jefe de los ladrones. Les preparo la comida a todos i les remiendo la ropa; pero no pertenezco mas que a Dímas. Ayer me encontraba no léjos del sitio en que os despojaron, i yo misma fui quien les señaló vuestro paso; pero, cuando os ví de cerca, me parecisteis mui distintos a los demas hombres. A causa de esto os seguí mientras Dímas i sus compañeros volvian al viejo castillo que

nos sirve de guarida. Oí las palabras de vuestro maestro: sabia que erais pobres, comprendí que erais buenos, i entónces volví corriendo a casa de mi amigo. Cojí la bolsa miéntras éste dormia, i os la he traído despues de haberle añadido tres denarios. No me deis las gracias: Dimas encontrará la compensacion en cuanto tropiece con un rico mercader.

—Cómo es posible—preguntó Pedro—que vos, que os mostrais tan honrada como nosotros, podais vivir, con un ladron, del fruto de rapiñas i acaso de homicidios?

—Oh! Dímas rara vez hace daño a los viajeros—respondió la mujer.—A mi amigo no le gusta eso, i si alguna vez da la muerte, lo hace para no morir.

—Aun cuando así sea, eso es mui malo, i lo peor es que, segun parece, ni siquiera lo imaginais.—Acaso no os han enseñado la lei?

—La lei?—preguntó la mujer.—Qué es la lei i quién me la hubiera enseñado? Yo nací mui léjos de aquí, en la ciudad de Alejandría; mi madre era una de esas mujeres que llaman cortesananas, i de niña bailé en las tabernas. Luego, practiqué el oficio de mi madre; pero, como apénas me ganaba la vida, un mercader griego me trajo a Cesárea donde hai una guarnicion de soldados romanos. Allí conocí a Dímas, me enamoré de él i le seguí.

—Pero—dijo Santiago—es imposible que sigais viviendo con él en el pecado.

—I qué es el pecado?—preguntó la mujer.

—Quedaos con nosotros—dijo Andres.—Nuestro maestro os enseñará la palabra de Dios.

—Quedaos con nosotros—añadió Tomas—que os respetaremos como si fueseis nuestra hermana. Si volveis a reuniros con vuestro compañero, es seguro que os maltratará.

—I ademas, dijo Júdas, dirijiéndose a Tomas—puesto que sabe bailar, bailará en las ciudades por donde pasemos. Anunciaré el espectáculo, i a cada uno de los que lo presencién, les pediré una monedita de cobre.

—Eso no!—respondió Juan.—No debe bailar ni inspirar a los hombres deseos prohibidos. Si quereis, señora, os llevaremos a casa de mi madre Salomé, i vivireis con ella. Ella os enseñará a remendar redes, i varias veces al año vereis a nuestro maestro.

La mujer vacilaba, i aun cuando escuchaba a los otros, tan solo miraba a Jesus.

I al fin, dijo:

—Si vuelvo a casa de Dímas, es seguro que me pegará, mas no me pegará mucho. Me necesita: si no estuviese con él seria mui desgraciada, i tal vez llegase a ser peor. Ademas, yo le quiero. En un principio, le quise porque le encontré hermoso, i porque ántes que vosotros, fué el primer

hombre que se mostró bondadoso conmigo. También le quiero porque el oficio que ejerce no es siempre tan fácil como parece a primera vista, i porque hemos sufrido i muchas veces sufrimos juntos. Le repetiré, eso i, las cosas que esta noche he oido de labios de vuestro maestro mientras os seguia, pues no he olvidado ninguna..... Eso es lo que pienso; sin embargo, haré lo que vuestro maestro me ordene.

—Mujer—dijo Jesus—ve a reunirte con tu compañero.

LAS ABEJAS

Pendiente de una rama desgajada, hai un enjambre.

Su situacion es provisional i debe ser cambiada. Menester es que vuele de allí i se busque otra habitacion.

Lo saben todas las abejas i desean que cambie aquella situacion; pero se hallan unidas las unas a las otras i como no pueden volar juntas, el enjambre continúa pendiente.

Si ninguna abeja volara sin esperar a las demas, el enjambre no cambiaria nunca de sitio.

Mas, que vuele una sola. Tras ella volará otra, i despues otra, i otra, hasta que, por fin, acabará por volar todo el enjambre.

Hombres de corazon, abejas precursoras, volad, volad. Las otras os seguirán.

LEON TOLSTOI

El jardín abandonado

En un pliegue de la costa escarpada, entre las altas i las bajas tierras, a orillas de la duna marina, entre el lado de donde viene el viento i aquel a donde va, murado de rocas, como una isla en plena tierra, el fantasma de un jardín hace frente al mar. Un cinturón de zarzas i de abrojos cierra la rápida pendiente en torno del suelo cuadrado, sin flores, en donde las hierbas salvajes, después de haber nutrido su verdor en los sepulcros de las rosas, yacen ahora muertas.

La costa desciende hácia el sur, abrupta, asoleada, hasta abajo, hasta el extremo de la solitaria rejión. Si un paso resonara, si una palabra fuera pronunciada, no surgiría un fantasma para alcanzar la mano del intruso? Por mucho tiempo las alamedas, grises i desnudas, están sin un huésped, i si, a través de las ramas i de los rosales silvestres, alguien se abriera paso, no hallaría otra cosa viviente sino el viento del mar que no descansa de noche ni de día.

El camino, con su maleza impenetrable que lo ciega i ahoga, es apenas un sendero tortuoso que nadie pretende trepar; se arrastra por el espacio angosto i sombrío que los años han despojado de todo, ménos de las zarzas a quienes el tiempo no puede herir. Ahorra las espinas cuando siega la rosa: las rocas sobreviven cuando desvastan la llanura. El viento que vaga i las hierbas salvajes que el viento sacude, es lo que sobreviven.

Ni una flor para ser hollada; como el corazón de un muerto, las platabandas están secas. El ruiseñor no lanza su reclamo en las malezas, i aun cuando lo lanzara ninguna rosa hai allí para responderle. Sobre los prados que florecen i se marchitan, no resuena sino el grito de un pájaro marino. Solamente el sol i la lluvia pasan, uno tras otro, por este paraje, durante todo el año.

El sol devora con su fuego; la lluvia despoja con su aliento sin perfume una débil i pálida flor. Aquí, sólo el viento se cierne i se recrea en una ronda donde la vida es estéril como la muerte. Aquí, en pasados tiempos, hubo risas; acaso hubo lágrimas de amantes que ninguno conocerá nunca, i cuyas miradas se dirijieron hácia el mar, hace cien años.

Allí estaban los corazones estrechamente unidos como las manos.—Mira á este lado,—murmuraba él,—desvía los ojos de esas flores i diríjelos

hacia el mar, porque las flores de la onda espumante perduran todavía cuando las rosas se mustian, i los hombres que aman de prisa pueden morir... Pero nosotros?...

I el mismo viento cantaba i las mismas ondas florecian, i, ántes de que el mismo jardin dejara caer sus últimos pétalos sobre los labios que habian hablado en voz baja, sobre los ojos que se iluminaron, el amor habia muerto.

O, si amaron por toda su vida, hacia donde se fueron? Apénas hasta el fin? Pero este fin quien lo conoce? El amor, profundo como el mar, debe marchitarse como las rosas. Los muertos tendrán un recuerdo de amor para sus muertos? Qué amor fué tan hondo jamas como la tumba? I estos seres están ahora, sin amor, como el césped que crece sobre ellos o como la onda.

Yacen todos en el mismo lugar, rosas i amantes, ignorados de las riberas i de los campos i del mar. Ni un hálito de otros tiempos sopla en el aire que endulzó la proximidad del estío. Aquí, ninguna brisa endulzará en lo sucesivo la estacion de las flores o de los amantes que hoi rien i lloran, cuando, como los que están ahora libre del llanto i de la risa, nos durmamos nosotros.

Aquí, la muerte no puede contarse como una cosa eterna; aquí, la caida del dia puede no llegar hasta el dia en que terminen los dias. De las tumbas, por ellos cavadas, no se levantarán nunca mas los que nada dejaron vivo para destruir. Tierra, piedras, espinas, apretadas en el suelo inculto, miéntras duren el sol i la lluvia vivirán hasta el dia en que el último viento caiga sobre ellas i las arrastre al mar.

Hasta que el lento mar se levante i las riberas ásperas se desmigajen; hasta que los profundos abismos se beban terraplenes i prados; hasta que la fuerza de las ondas, en las grandes mareas, domine los campos recordados i las rocas que retroceden. Entónces en su triunfo, allí donde todas las cosas van a desplomarse, oculta entre los abrojos que ella sembró con propia mano, como un dios que se hubiera degollado él mismo en un estraño altar, la muerte estará estendida muerta.



El sentido de la historia

Toda la historiografía cuyos trabajos atestan las bibliotecas con cientos de miles de volúmenes entretiene a veces al lector, cuando cuenta vidas interesantes i aventuras pintorescas, pero no encierra la menor suma de conocimiento científico. Su jerarquización tradicional de los sucesos resulta de una ilusión óptica subjetiva de los historiadores que toman por esencial lo que salta mas a la vista i no advierten que los procesos poco aparentes, pero uniformes, duraderos i jenerales, son los únicos que tienen importancia.

Aun en los casos raros en que relata con precisión pasable los hechos exteriores que caen bajo los sentidos, el mecanismo íntimo de los sucesos se sustrae a ella. I es que este mecanismo opera en parte en la conciencia de los actores que es inaccesible a la mirada del historiador, i en otra parte, mayor todavía, en su subconciencia que ellos mismos ignoran. Cuando la historiografía emprende la tarea de sacar tambien a la luz las raices psíquicas del devenir, pierde por completo el terreno sólido de lo real i se cierne en el reino aéreo de la imaginación; entónces ya ni relata ni explica, inventa i hace pasar intuiciones, adivinaciones, elucubraciones, interpretaciones subjetivas, como si fueran investigaciones de lo verdadero.

El cuadro que la historiografía fija muestra las formas exteriores de la humanidad, no sus órganos internos; se entretiene en las magnitudes variables que pueden todas ser cambiadas, reemplazadas, aumentadas, disminuidas, suprimidas, sin que la ecuación total de la historia sea por ello influenciada. Su obra semeja a la de un hombre de ciencia a quien preguntásemos informes sobre la composición química i las propiedades del agua de mar i que despues de los esfuerzos más laboriosos no podría indicarnos mas que el número, la forma, los colores i la duración de las burbujas de jabón que sirviéndose de esta agua hubiera hinchado un niño en sus juegos. Como somos hombres i todo lo que es humano nos interesa i nos emociona, seguimos con un interés apasionado todo relato vivo i convincente de un destino humano i semejante relato hallará siempre lectores agradecidos. Pero la historia, en tanto que es «biografía del poder» no nos enseña nada mas que cualquiera otra buena i verídica biografía de un individuo cualquiera; nos hace familiar una personalidad, pero nos deja en una ignorancia profunda acerca de la suerte de la humanidad i de sus leyes eternas. Una historiografía que trata i retiene como esencial el suceso concreto en sí, en lugar de concebirle como un puro síntoma i de

penetrar mas allá, hasta el decurso de la vida de la especie que se realiza detrás de él, no produce en el caso mejor mas que literatura amena. Sólo cuando la historiografía renuncia a narrar, para dedicarse a estadísticas, es decir, cuando deja de fijarse en los aparentes portadores i actores individuales de la historia i en la burbuja de jabon del pintoresco suceso particular, para dedicarse a estudiar las formas, las condiciones i las trasformaciones de la existencia poco aparente, cotidiana, de la humanidad media, sólo entónces deja de ser un arte, un jénero de poesía, para elevarse al rango de una ciencia. Sólo que entónces ya no es historiografía en el sentido tradicional de la palabra, sino que se convierte en antropología, etnografía, sociología con sus ciencias auxiliares, la bio-psicología i la estadística.

La filosofía de la historia, a la verdad, se eleva a un punto de vista superior; abarca de una mirada el conjunto de la evolucion de la humanidad, inquiere su punto de partida, sus caminos, sus objetivos i no atribuye valor a las personalidades i a los sucesos concretos sino en la medida en que parecen poder dar a estas preguntas jenerales una respuesta instructiva. Tal es, por lo ménos, su programa teórico, pero hemos visto cuán mal lo ha cumplido hasta ahora; ha abordado la vida de la humanidad, no interrogándola con modestia, con el humilde deseo de aprender lo que ella es susceptible de enseñar, sino con una petulancia autoritaria con opiniones hechas de las cuales queria arrancar la confirmacion a la historia planteándola preguntas tendenciosas i suprimiendo las respuestas que no la convenian. Ernesto Mach habla incidentalmente de «ciencias de impostura que se han formado con la mira de la conservacion de los residuos de concepciones que datan del estado primitivo de la humanidad». El prototipo de esas «ciencias de impostura» es la filosofía de la historia tradicional, deductiva, apriórica, que introduce en el curso de la historia todos los ensueños, todas las pamplinas, todas las supersticiones del estado de alma teológico i metafísico. Supone a los actos de las personalidades históricas intenciones que nunca tuvieron éstas, inventa para los sucesos un plan que ha elucubrado ella misma i asigna a toda la evolucion de la humanidad un objetivo que no existe mas que en la imaginacion de soñadores antropomórficos. Si esta filosofía de la historia apriórica quisiera reflexionar sobre sí misma, si se hiciera consciente de la tarea que se ha impuesto en realidad, retrocederia asustada ante la enormidad de su empresa i ante la insuficiencia pueril de sus métodos. El móvil al cual debe su oríjen es el deseo de comprender el enigma del Universo; el hombre quiere saber lo que significa el Universo i él mismo en el Universo, por qué ha nacido, por qué sufre, por qué muere, por qué ha recibido el soberbio i temible privilejio de la razon, qué será de esta chispa celeste en su cuerpo mortal terrestre, cuál es el objeto hácia el cual, en el

corto espacio de su vida sobre la tierra, tiende i en virtud del cual pasa fatigas, medita, investiga, ama, anhela i sufre. I puesto que está encerrado, en tanto que hombre, en los límites de su naturaleza humana, se exagera en su ilusion antropocéntrica la importancia de su especie en el Universo; está convencido sin desconfianza gnosolójica con respecto a su ilusion de grandeza, de que el sentido del Universo tiene que revelarse con evidencia, sino en el hombre individual, por lo ménos en la humanidad; de que la especie en su conjunto posee una conciencia de su destino que la conciencia del hombre individual es incapaz de penetrar a causa de su limitacion; i de que es preciso tener una vista sinóptica bastante vasta, bastante profunda de la vida de la especie, para comprender lo que ésta crea i a dónde tiende, i para reconocer cuál es la obra a la que el hombre individual coopera sin sospecharlo. Pero la historia de la humanidad no suministra mejor respuesta a todas estas preguntas de eternidad que se la dirijen que la historia de no importa cual otra especie de seres vivos; i una mirada dirigida hácia el cielo estrellado o hácia las profundidades de una mina de carbon, deja entrever acerca de la solucion del enigma del Universo tanto, si no mas, como la esploracion mas apasionada de los archivos i de las bibliotecas. El que busca la finalidad de todos los sucesos que se han realizado en el seno de la humanidad i de toda la evolucion de los pueblos i de los Estados, supone tácitamente que la historia tiene una finalidad. Ahora bien, esto no es posible mas que si alguién situado fuera de la humanidad le ha asignado de antemano un objetivo independientemente de ella, de su conciencia i de su voluntad i la impulsa incessantemente en esta direccion; este alguién no puede ser mas que un sér dotado de razon i de voluntad, omnipotente, eterno. Pero el sér dotado de estos atributos no es otro mas que el Dios de los teólogos. Toda filosofía de la historia que implica una teología trascendental, no es mas que una forma de la relijion i hace un rodeo supérfluo por la historia para llegar al punto de vista del catecismo. El que cree en Dios i en su gobierno del mundo, no necesita de la historia para conservar su conviccion de la existencia i de los atributos de Dios i de la realidad de un órden universal que tenga a Dios por punto de partida i a Dios por punto final. I el que no cree en Dios no encontrará nada en la marcha de la historia que sea de naturaleza a convertirle a esa fé. La historiosofía deductiva está desprovista de sentido si no es teología, i es supérflua si es teología.

Pero cuando el deseo de conocer aborda la historia sin opinion preconcebida i contempla su marcha, no con las premisas del teólogo, sino con la imparcialidad del observador científico, llega a hacer constar hechos que en ningun punto coinciden con las enseñanzas de la historiosofía tradicional. Ni un sólo suceso histórico del pasado espuesto verídicamente i sin haber introducido intenciones en él, autoriza la hipótesis de una fina-

lidad en vista de la cual los actores de la historia trabajarían sin saberlo i sin quererlo i de la cual nada sospecharían en su simpleza miope o ciega i que no se revelaría mas que a los ojos asombrados de la posteridad; ni un solo rasgo justifica la afirmación de que no sé qué razón superior perseguiría planes para cuya realización utilizaría i emplearía como un instrumento pasivo a la humanidad que no lo sospecha ni por asomo. Nunca ni en ninguna parte se revela una finalidad trascendental, por lo contrario es posible referir todo acto realizado por los hombres a causas que le son generalmente conocidas, i que hasta cuando operan en la subconciencia no son difíciles de descubrir. No es, pues, la teología lo que es la ley de la historia, sino la causalidad, una causalidad por lo demás muy complicada, puesto que todo el presente i todo el pasado de la especie obran en cada instante de su vida i sobre cada hombre vivo estimulándole e impulsándole: el presente por las necesidades de la lucha por la existencia, por las relaciones con los semejantes mas fuertes o mas débiles que tienen las mismas tendencias que él o tendencias contrarias; el pasado por las instituciones que ha creado i por las maneras de pensar, las nociones de valor i las formas de sentimiento que ha legado al presente. Si descomponemos aun mas las causas de todos los actos humanos a fin de llegar hasta sus elementos mas simples, se acaba por hacer constar que la voluntad de los individuos está determinada únicamente por sus necesidades que llegan a su conciencia bajo forma de sentimientos de desagrado. Mientras vive el hombre trata de sustraerse a esos sentimientos i todos sus esfuerzos no tienen más que este objeto único. Aun en el caso en que el hombre parece hacer alguna cosa que lejos de suprimir o de atenuar un sentimiento de desagrado, lo crea por lo contrario, esta fórmula psicológica general conserva su valor absoluto. Es que si el hombre se espone en estos casos a un sentimiento de desagrado, lo hace con la intención de sustraerse a otro que le parece mas penoso, cualquiera que sea por lo demás la apreciación de un extraño que no experimenta él mismo ese sentimiento. El esclavo trabaja penosamente para un amo, hasta el desfallecimiento, sin esperanza de recompensa o de liberación, porque siente como ménos penoso el esfuerzo del trabajo que la representación de los latigazos, de la mutilación, quizá de la muerte que le esperan en caso de desobediencia; es pues para sustraerse a esta representación por lo que se impone el esfuerzo del trabajo.

La simple apetencia de sentimientos de placer no es una causa de acción; no llega a serlo mas que cuando se presenta con una intensidad tal que es sentida como una inquietud atormentadora, como una tensión, como una languidez, en suma como un sentimiento de desagrado agudo. Ni siquiera puede decirse que su constitución orgánica impulsa al hombre a la acción por el terrón de azúcar i el látigo; éste sólo es su estimulante

i en cuanto al tiron de azúcar no es un estimulante mas que cuando enciende una concupiscencia que tiene el carácter de látigo. Solamente comprendido así, el hedonismo o el eudemonismo puede ser una esplicacion exacta de las acciones humanas. El hombre no se entrega a la busca permanente de la flor azul, pero está eternamente huyendo del dolor; no marcha hacia una Jerusalem de felicidad i de alegría soñada i ardientemente esperada, pero se aleja de prisa de las moradas donde halla desagrado.

Todo proceso histórico, sin escepcion ninguna, puede ser que referido necesidades, es decir, en último resorte a sentimiento de desagrado; estos sentimientos tienen por objeto la conservacion de la vida i no se corresponden sin la hipótesis de un instinto vital, de un deseo inherente a todo lo que vive de afirmarse contra la destruccion i la desaparicion. Sólo la hipótesis de este instinto vital es lo que explica el hecho que el sér vivo en su sentimiento, a toda apercepcion de un estado que le perjudica o le pone en peligro, asocia un desagrado que le espolea a hacer esfuerzos para sustraerse a ese estado. No es siquiera del todo exacto decir que las nocividades están asociadas a un sentimiento de desagrado, puesto que esto crearia una apariencia de dualismo, de separacion entre la apercepcion i desagrado, de relacion de causa a efecto, de acto i de estado acompañándole. En realidad, la apercepcion de nocividad i el sentimiento de desagrado son idénticos; son un solo i mismo estado del organismo; el sentimiento de desagrado es el aspecto subjetivo de la nocividad; esta no es la causa del desagrado, es el desagrado mismo; está representada en la conciencia bajo forma de desagrado i obra en ella como causa de actos volicionales que tienen por objeto la defensa, lo mismo que fuera de la conciencia obra como exitadora de movimietos reflejos. I como todo lo que perjudica a la vida es en sí un desagrado para la conciencia, la vida que evoluciona fuera de toda accion nociva es en sí misma un placer para la conciencia, i hasta es en realidad el sólo placer accesible al hombre, el único que conozca, un placer que puede variar de intensidad, pero no cambia de naturaleza. Llegamos así a esta comprension que todas las acciones de los hombres, de los aislados lo mismo que de los que viven reunidos en grupos, clases i pueblos, tienen la significacion de una salvaguardia del placer, es decir de la vida i de una defensa contra el desagrado, es decir, contra los peligros i las nocividades que amenazan la vida, i que un sólo hecho fundamental se desprende de todo el trascurso de la historia; el hecho que los hombres i la humanidad tienen la voluntad de vivir i de hacer todos sus esfuerzos para mantenerse en medio de la naturaleza hostil. Pero bajo este aspecto el hombre no difiere de todos los demas seres vivos, ya sean simples o altamente diferenciados, vegetales o animales. El instinto de la vida parece inseparable de la vida i cada sér vivo orienta toda su actividad hácia el objeto de satisfacer sus

necesidades que en lo bajo de la escala son tropismos automáticos rejidos por las leyes químicas i físicas i no llegan a ser necesidades sentidas i conscientes mas que en un grado de desarrollo mas elevado. La historia vista e interpretada con exactitud no desata en modo alguno a la especie humana de la cadena de todas las demas especies de seres vivos; la une por lo contrario a ella i atestigua de nuevo, por sus medios de espresion, la unidad de la vida.

La especie humana ha tenido mas dificultades para satisfacer sus necesidades que todas las demas especies que han vivido ántes que ella i que viven al lado de ella sobre la tierra. Venida al mundo entre dos períodos glaciales, cuando nuestro planeta presentaba de un polo a otro las condiciones de existencia mas favorables para un sér plantívoro poco o nada velloso, que tuviese necesidad de calor i temiese la humedad, ha podido desarrollarse felizmente en su paraiso tropical i sub-tropical, hasta que tuvo que sufrir un período glacial que siguió. I no sólo ella sino todo lo que entónces vivía; muchas especies animales i vejetales han perecido, otras se han retirado en una estrecha zona tropical i permanecen allí encerradas como en una prision i tienen que pagar con su vida toda tentativa de evadirse; otras aun emprendieron la lucha contra la naturaleza convertida en hostil i soportaron sus rigores adaptándose a ella. De estas es la especie humana; no sucumbió ante el soplo glacial del clima polar mortífero, no se refugió en un asilo tropical inaccesible al frio, se adaptó a condiciones cambiadas, no como los otros habitantes de la tierra con ayuda de modificaciones de su organismo, sino merced a la actividad de su espíritu que se ha mostrado capaz de inventar arreglos artificiales que le aseguran todas las condiciones de existencia que no encontraba ya en la naturaleza.

Este trabajo de adaptacion artificial con ayuda de descubrimientos no ha cesado nunca; es más ardiente i eficaz cuanto mayor es su duracion; forma el verdadero contenido de la historia humana, no el contenido visible en la superficie, sino el que llena sus profundidades. Siempre ha sido realizado segun el método del menor esfuerzo i por consiguiente ha seguido la direccion de la menor resistencia. Este método ha tenido un singular efecto: los individuos mas fuertes se han hecho asegurar por los mas débiles las condiciones de existencia favorables que les eran indispensables. Para sus medios de accion, la resistencia de sus conjéneres era menor que la de la naturaleza; les ha sido preciso un esfuerzo menor para despojar a los hombres de los frutos de su trabajo que para obtener de la naturaleza calor, sequedad, alimento, reposo agradable; aprendieron por esperiencia que para ellos la forma mas cómoda de la adaptacion era el parasitismo; en esta direccion es a la que tienden los deseos de los individuos fuertes, tan léjos como nos es trasmitida su historia. El parasitismo de los poderosos es el objetivo visible ú oculto, directo o indirecto, de casi todas las

instituciones que se han formado en el transcurso de los siglos i que constituyen el marco i en parte hasta el contenido de la civilizacion. El único servicio a cambio de esto que la masa deseaba i esperaba al principio, pedia i aun exijia despues, por parte de sus individualidades superiores, era no perturbarla en sus costumbres, no pedirla juicios i decisiones personales, no imponerla nuevas adaptaciones que rebasarán de su capacidad orgánica, en una palabra mantener el órden en torno de ella i protegerla en el disfrute de los pocos mínimos derechos que el poder constituido la reconocia.

Vista desde fuera, la historia se presenta, pues, únicamente como el melodrama del parasitismo, con escenas tan pronto movidas como mas tranquilas i súbitos efectos de teatro. Un poderoso que los débiles en su admiracion servil califican de héroe, se arroga el poder sobre algunos o sobre un gran número, quizá sobre un pueblo entero o aun sobre pueblos. Él o sus sucesores aumentan ese poder por irrupciones en territorios extranjeros i por conquistas i aseguran el mantenimiento de su prestigio por medio de una magnificencia de corte o por guerras ocasionales, inspirando así el temor i la veneracion. Los guerreros i los servidores del soberano se organizan en una clase que trata a su vez de ejercer el privilejio de la explotacion sobre el resto del pueblo. Cuando esta clase llega a ser demasiado exigente o una parte de los explotados adquiere poder económico i se hace consciente de su fuerza, éstos tratan de romper el poder de los explotadores, de espulsarles de su situacion privilegiada i de ponerse en su lugar, a ménos que estos privilegiados sean bastante avisados para aceptar en sus filas a los asaltantes contra los cuales no pueden ya defenderse. De estas luchas incesantes de individuos por el poder supremo, de clases por el poder en el seno de un solo i mismo pueblo, de pueblos por la posesion de la tierra i de sus productos, surjen i se perfeccionan el Estado, el ejército, la administracion, las comunicaciones, la economía política, el derecho.

Todas estas instituciones se orijinan las unas de las otras, se determinan recíprocamente, sirven todas juntas de armas para esas luchas de individuos, de clases, de pueblos. Pero miéntras las guerras i los tratados internacionales, las revoluciones i las reacciones, las discordias de partidos, las crisis i los pactos señalan por una parte los esfuerzos del egoismo parasitario de individuos i de colectividades que llevan miras de una explotacion lo mas provechosa posible, i por otra parte la resistencia de las víctimas que se defienden, i modifican sin cesar la superficie de la humanidad, se realiza bajo esta superficie tumultuosamente ajitada de la política exterior e interior de los Estados, silenciosa i uniformemente, el trabajo mas difícil de la adaptacion valiéndose de un conocimiento cada vez mas penetrante de la naturaleza, del cual no se aprovechan sólo los individuos superiores orgánicamente dotados, como en la adaptacion por el parasi-

tismo, mas fácil por lo ménos para los fuertes, sino que beneficia a la especie entera, hasta a la masa media, hasta a los individuos ménos favorecidos por la naturaleza. Los descubrimientos de observadores capaces i de intérpretes sagaces permiten comprensiones cada vez mas profundas, sino de la esencia, por lo ménos de las manifestaciones de las fuerzas cósmicas; inventores ingeniosos i penetrantes llevan cada nuevo conocimiento de la naturaleza a una forma manejable que le hace apto a la satisfaccion de necesidades de las cuales la humanidad o una parte de ella se ha hecho consciente. La mejor comprension de los fenómenos naturales hace la educacion progresiva del espíritu humano, le enseña a distinguir el error de la verdad, a pensar lóxicamente, a enlazar con prudencia en sus juicios el efecto a la causa; aguza su intencion, desarrolla su sentido de la realidad i restringe en su conciencia la preponderancia de las palabras en provecho de la vision interior positiva i de la representacion concreta. Esta educacion del entendimiento por el conocimiento de la naturaleza tiene por efecto romper el poder de los símbolos i de las imágenes verbales.

I puesto que en presencia de una masa mas ilustrada el parasitismo cada vez es ménos provechoso i mas penoso, cesa de ser la forma de adaptacion mas cómoda para los escojidos, i la lei del menor esfuerzo les determina a someterse a las mismas obligaciones del trabajo que los hombres ordinarios para obtener la satisfaccion de sus necesidades, sea de la naturaleza, sea por cambios con los demas, cambios que siempre sabrán por lo demas hacer ventajosos gracias a su superioridad. Paralelamente a esta evolucion de la civilizacion prosigue la suya la moral; la modificacion de las relaciones entre los superiores i la masa, el desarrollo creciente del sentimiento de dignidad i de independencia aun en el hombre ordinario que no aspira a la dominacion, el valor mas grande asignado a la personalidad hasta cuando no se distingue por ningun mérito escepcional, trasforman igualmente los conceptos de moralidad. La ética del parasitismo que no aprecia los pensamientos i los actos sino en la medida en que son favorables o perjudiciales a todas las manifestaciones del poder esplotador, es decir de los hombres preponderantes, de la clase privilegiada del Estado, es poco a poco invadida i finalmente reemplazada por una ética de la personalidad soberana que considera como bueno lo que facilita la conquista de la naturaleza por el hombre i como malo lo que facilita la subyugacion del hombre por el hombre.

En la lucha de la humanidad por su existencia en medio de una naturaleza hostil la lei del menor esfuerzo no ha conducido solo al parasitismo; ha enjendrado todavia otro fenómeno: el ilusionismo. Saber orientarse en la naturaleza, evitar lo perjudicial i encontrar lo útil, tal es para todo sér vivo la condicion de su conservacion; en vista de esta facul-

tad desarrolla i diferencia todos sus órganos; cuanto mas variadas i complicadas llegan a ser sus necesidades, mas afinada i diversa tiene que ser la facultad de orientacion. En el hombre, como en todos los animales superiores, el sistema nervioso con su aparato central, el cerebro, es donde reside esta facultad. La funcion mas elevada de este órgano, el mas importante de todos, que preside tambien al quimismo del cuerpo, al movimiento, en gran parte al desarrollo, a la circulacion de la sangre, a la nutricion, es la funcion psíquica que se ha orijinado i se ha desarrollado enteramente bajo la forzosa constriccion del instinto de conservacion. La necesidad de la adaptacion a la naturaleza vigorizó la memoria, propiedad fundamental de la materia viva, hizo a la atencion sostenida i estable, creó i perfeccionó el mecanismo de las asociaciones de ideas i tuvo por efecto que le es imposible al cerebro pensar de otro modo que segun el principio de causalidad.

El trabajo psíquico mediante el cual se obtiene una imájen del mundo que coincide con la realidad tan perfectamente como lo permiten la estructura i el funcionamiento de los órganos humanos de los sentidos i de apercepcion es penoso, i el saber es el fruto de duros esfuerzos. La atencion sostenida que no se deja distraer, la formacion de representaciones con las solas apercepciones sin ningun aditamento subjetivo, la evocacion para formar juicios del contenido entero de la memoria en representaciones que han sido construidas mediante apercepciones sometidas a la crítica, el exámen riguroso de todos los elementos de una conclusion desde el punto de vista de su interdependencia i de su acondicionamiento causal recíprocos, todo esto es incomparablemente ménos fácil que la inestabilidad i la fuga de ideas, el ensueño, los vagabundeos caprichosos de la imaginacion.

«Existe, dice Goethe, al lado del mundo real, un mundo de la ilusion casi mas poderoso que aquél, i en el cual vive la mayoría». Este mundo de la ilusion los hombres se lo han creado merced a su observacion defectuosa, desprovista de atencion, que se contentaba con las mas fugaces impresiones sensoriales. I aun estas impresiones las falseaban todavía con aditamentos arbitrarios e interpretaciones al revés, con sus intuiciones o adivinaciones que no son mas que una mezcla amorfa de recuerdos crepusculares cuyo oríjen sensorial se ha olvidado, con su pensamiento analógico que identifica cosas esencialmente diferentes a causa de una semejanza parcial i con su imaginacion que tiene por método de trabajo el automatismo de las asociaciones i se emancipa casi por completo de la lei del encadenamiento causal de los conceptos.

En su mundo de ilusion, los hombres se encontraban a gusto como en su cabaña caliente donde no sentian el frio, la tempestad i la lluvia que se desencadenaban fuera. Aquí, todo tenia un sentido comprensible para

ellos, encontraban una respuesta a toda pregunta angustiada o curiosa, obtenian el apaciguamiento de toda inquietud i de todo temor, el consuelo de toda pena, una solucion clara i satisfactoria de todo enigma. ¿La enfermedad? La persecucion por un enemigo invisible, i a veces tambien visible que no habia mas que apartar intimidándole o halagándole, para curarse. ¿La muerte? Una simple apariencia, siendo así que la realidad es la sobrevivencia eterna en rejiones ignoradas i, por lo ménos para los buenos o los favorecidos, soberbias. ¿El mundo? Una capa redonda de tierra situada sobre el mar i recubierta por una campana de cristal azulado. ¿Su oríjen? ¿Su fin? Unos grandes artistas, los dioses, lo han creado, lo gobiernan i lo destruirán otra vez algun dia. ¿La felicidad? Un don que puede recibirse de los dioses, cuando se ha mendigado sus favores mediante súplicas obsequiosas o comprado mediante sacrificios. Bastan estos ejemplos. Para dar una descripcion completa del mundo de la ilusion del cual los hombres se han rodeado, habria que ir pasando en revista todas las mitolojías, todas las cosmogonías fabulosas, todas las teolojías, pero tambien todos los sistemas metafísicos.

Unos hombres, mui escasos al principio, aislados, luego cada vez mas numerosos, dotados del sentido de la realidad, se salian, vacilantes, tímidos, del mundo de la ilusion que les era tan familiar i se aventuraban a tientas, con precaucion, lentamente, contando sus pasos, en el mundo real. Estaba éste desprovisto de caminos i era incomprensible; a cada paso se tropezaba con agudas en crucijadas, a cada instante los pies quedaban cojidos bajo bloques enormes o en hoyos profundos. Pero poco a poco consiguieron orientarse i en la medida en que se iban abriendo camino, sentian bajo sus plantas un terreno suficientemente sólido i el mundo de la realidad suministraba a sus investigadores un beneficio positivo que el mundo de la ilusion no habia nunca suministrado ni suministrará jamas.

Estas avanzadas están constituidas por la pequeña minoría de observadores, de exploradores, de investigadores, de pensadores, de esperimentadores a los cuales la humanidad debe sus descubrimientos, sus inventos, sus conocimientos. El trabajo fecundo de esta minoría permite a la gran mayoría continuar disfrutando impunemente de su agradable ilusion; pero la impide cada vez mas eficazmente cometer actos bajo la impulsión de sus ilusiones i repetir en una escala algo considerable aberraciones tales como las cruzadas, las hazañas de los flajelantes, las persecuciones de los heréticos, el envío de los brujos a la hoguera, las guerras relijiosas de los siglos XVI i XVII.

El mundo de la ilusion que, para el hombre no desarrollado, constituye el mundo entero, es fijado por el pensador que tiene sentido crítico en el arte que es su lujo i su alegría indispensables; en el arte halla esos li-

bres vuelos de la fantasía que han constituido casi hasta nuestros días todo el trabajo cerebral de la humanidad; en el arte tiene de nuevo un mundo que puede, sin cuidarse de los crueles mentís que le opone la realidad, construir i adornar con sus ideas, poblar de encarnaciones de su deseo de belleza, de juventud, de fuerza, de perfeccion de toda especie; del cual puede desterrar toda fealdad, toda vulgaridad, todo lo que es malo, repugnante, todo lo que subleva, todo sufrimiento, toda miseria; en el cual puede hacer triunfar únicamente la justicia, la dulzura, el amor. En el arte, sólo las inclinaciones i los impulsos del hombre son los que actúan i hallan la satisfaccion ilimitada que les niega la realidad; aquí no está el hombre obligado a adaptarse penosa i dolorosamente a la naturaleza, es por lo contrario, la naturaleza, una naturaleza imaginada por él, la que se adapta con una complacencia inagotable a todas sus necesidades i a todos sus caprichos i no deja incumplido ninguno de sus anhelos. La necesidad de una adaptacion real al ambiente ha obligado al hombre a elevar su pensamiento al conocimiento mediante una disciplina severa i a renunciar a los atractivos de la ilusion fácil, halagadora, pero estéril; en el arte busca el desquite de la realidad.

Se ha esperado que la historia diera una respuesta a las preguntas referentes a la eternidad; ha sido en vano; no la puede dar. La vida agitada de la humanidad, en el presente como en el pasado, nos coloca ante los mismos hechos inexplicables que el fenómeno turbulento del Universo. Hechos de este órden son la existencia misma del mundo, la aparicion de la vida i de la conciencia. Están dados, tenemos que aceptarlos i ajustarnos a ellos que los comprendamos o no racionalmente. Vemos que el mundo es; que en un momento dado, en este mundo, nuestro planeta ha aparecido i ha llegado a ser el teatro de procesos vitales; que en el trascurso de la evolucion de la vida sobre la tierra hizo su aparicion un sér que tenia la masa cerebral proporcionalmente mas grande conocida hasta entónces; que la especie humana tenia el deseo i la aptitud para mantenerse en condiciones desfavorables. Esto, lo vemos; pero la historia no lo esplica ni mas ni ménos que la química o la astronomía. ¿Cómo la conciencia se da luz súbitamente en las combinaciones de la materia i se ensancha sin cesar para llegar al conocimiento? ¿Cómo las acciones de la naturaleza sobre la materia viva, es decir, los procesos dinámicos i cinéticos se trasforman en representaciones? ¿Por qué solo el hombre, con exclusion de toda otra especie viva, ha podido escalar el grado de desarrollo caracterizado por la existencia de la razon? ¿Por qué esta larga serie de nacimientos i de muertes, el esfuerzo inmenso para la adquisicion de conocimientos, las luchas i sufrimientos incesantes, si el aniquilamiento, si la desaparicion sin dejar rastro de la humanidad i quizá de la tierra misma,

ha de ser el desenlace de la creacion? Por mucho que nos quedemos en contemplacion ante los anales de la humanidad; por mucho que queramos evocar a los hombres i los sucesos desde las profundidades milenarias del pasado cuanto nos sea posible, no obtenemos la menor informacion sobre lo que nos atormenta.

Tenemos que renunciar a considerar la humanidad desde el punto de vista de la eternidad. De otra suerte, se desvanece ante nuestra mirada para convertirse en un punto apenas perceptible, sin duracion, sin importancia, sin destino, i esta contemplacion nos deja humillados, disminuidos, desanimados. Vistos *sub specie aeternitatis*, no somos nada; tenemos pues que considerarnos *sub specie saeculi* para que nos parezca que vale la pena de pararnos en la contemplacion de nosotros mismos. Es vano buscar una finalidad de la humanidad i de su existencia; tanto vale buscar el objetivo de Sirio, de la vía láctea, de las migraciones de los cometas. Por lo ménos, en lo que concierne a la vida del individuo, reconocemos algo así como una finalidad subjetiva; el individuo vive porque le es agradable vivir, vive porque su vida le procura sentimientos de placer, porque ella misma es un sentimiento de placer. Sobre esto, no hai duda alguna; sólo en la enfermedad i en la vejez, es decir, cuando su enerjía vital comienza a desahacerse, se apodera del hombre una sensacion angustiosa de vacío, de ausencia de objetivo, de *taedium vitae*; pero miéntras está lleno de fuerza vital, halla, aun ante su razon, una plena justificacion en esta parábola del Evangelio: «A cada dia basta su labor». Disfruta de su mejor tiempo i de sus mas bellas esperiencias sentimentales en un mundo de ilusion que se crea él mismo, en la relijion, en el cuento de hadas i la supersticion, en el arte. En su sed de duracion, en su anhelo ardiente de porvenir, reclama para sus esfuerzos una finalidad que le abra perspectivas remotas, inventa un ideal que vaya mas allá de la hora, aun de su vida terrestre i de los límites de su existencia individual. En este ideal se yergue, adquiere ideas consoladoras de su propio valer i se imagina tener una importancia de un alto i vasto alcance. Pero ¿cuál es el ideal entre todos aquéllos a los cuáles habian aspirado los hombres mas nobles i de espíritu mas poderoso, que resista al conocimiento frio i sereno? En el fondo, uno solo: el ideal de bondad i de amor desinteresado. A los males ineluctables con que la naturaleza aflige al hombre, no añadir cruelmente males evitables, disminuir en la medida de sus fuerzas la suma de sufrimientos en la humanidad, he aquí lo que han erijido en ideal i tratado de realizar los hombres mas perfectos que nuestra especie haya producido, he aquí lo que les ha parecido suficientemente noble i grande, una fuente suficiente de inspiracion i de recompensas. Este ideal está aun léjos de haber sido logrado; durante mucho tiempo aun podemos contentarnos con él; son todavía numerosos aqué-

llos para quienes, i estarán entre los mejores, hará la vida digna de ser vivida.

Detras de todas las pariencias i de todas las ilusiones encontramos como el verdadero sentido de la historia, la manifestacion del instinto vital de la humanidad. Esta manifestacion reviste sucesivamente la forma del parasitismo, de la ilusion i del saber que constituyen en una serie ascendente el modo humano de la adaptacion a la naturaleza. El que afirma encontrar otra cosa en la historia, no lee en ella, sino que introduce en ella lo que es propio suyo.

Pensamientos

Hablar de hombres libres es una simpleza. No existen hombres libres; el matrimonio, las relaciones de hombres a mujer han corrompido la raza humana i puesto un sello de esclavitud sobre los individuos.

Es inadmisibile que los sabios martiricen los animales en nombre de la ciencia. Los médicos debieran servirse para sus esperiencias de periodistas i políticos.

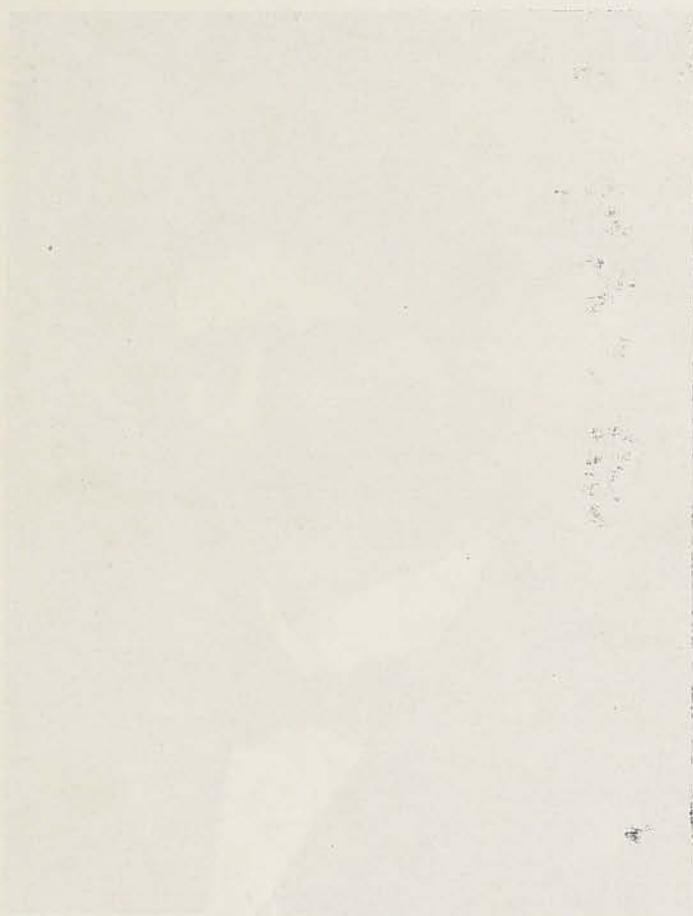
La sociedad moderna no es una sociedad de hombres i de mujeres; es una sociedad masculina.

El culto de la patria es una etapa del espíritu humano.

Dios, al que quiere herir en el combate de la vida, comienza por convertirle en personalidad independiente.

Mis simpatías son para los que buscan la verdades nuevas, por esos escojidos que léjos de la mayoría compacta, luchan por las verdades que aun no son conocidas i comprendidas por esas mayorías.

ENRIQUE IBSEN.





KNUT HAMSUN

El primer día en el bosque

Me sentía feliz i cansado; todos los animales se aproximaban a mí i me examinaban; en los árboles estaban los escarabajos, i las orugas untuosas rampaban sobre el camino. Un buen encuentro, pensé. El espíritu del bosque se impregnaba en mis sentidos, lloraba de amor i era completamente feliz i me sumia en mi gratitud. Tú, bosque de bondad, hogar mio, mi corazón te desea la paz de Dios... Me detengo, doi vueltas en todas direcciones i pronuncio llorando el nombre de pájaros, piedras, árboles, hierbas i pantanos; otra vez doi la vuelta i pronuncio unos nombres tras otros. Miro las altas montañas i pienso: sí, vengo ahora como si contestase a una llamada. Allá arriba el halcón enano prepara su nido; yo sé donde está. Pero el pensamiento de los halcones enanos, haciendo sus nidos en las altas montañas, llevaba mui léjos a mi imaginación.

A medio día marché en una lancha i abordé una pequeña isla, un islote que estaba fuera del puerto. Allí había flores de color lila, de altos tallos, que subían hasta mis rodillas; caminaba entre hierbas estrañas, frambuesos, planta del cuajo i otras; no había animales, i, probablemente, tampoco había habido nunca hombres. El mar hacia suaves espumas contra la isla i me envolvía con un velo de murmullos; a lo léjos, cerca de las Oeggeholmene, chillaban i revoloteaban las aves de la costa. Pero el mar me rodeaba por todas partes como si fuese un abrazo ¡Bendita sea la vida, la tierra i el cielo, i benditos sean mis enemigos! Quiero en este momento ser clemente con el peor de mis enemigos i atar los cordones de su zapato...

Un «iza, oh, ah, iza» llega hasta mí desde uno de los barcos de cabotaje de M. Mack, i mi alma se ilumina al son de este canto bien conocido. Remo hasta la escollera, paso mas allá de las cabañas de los pescadores i vuelvo a mi casa. El día avanza, tomo mi comida que comparto con Esopo, i vuelvo al bosque. Dulces brisas acarician silenciosamente mi rostro. Benditos seais, digo yo a los vientos, porque vienen contra mi rostro; ¡benditos seais! en mis venas mi misma sangre está reconocida hácia vosotros.

La fatiga se apodera de mí i me duermo.

¡Tin! ¡Tan! ¡tin! ¡tan! ¡Son las campanas que suenan! A poca distancia de aquí una iglesia se levanta sobre el mar. Digo dos plegarias, una por mi perro i otra por mí mismo, i entramos en la iglesia. La puerta retumba tras de nosotros, siento algo que me sacude, i me despierto.

(1) Poeta norso.

El cielo está púrpura, el sol hace su obra; allá, ante mis ojos, el horizonte resplandece la luz. Esopo i yo pasamos a la sombra.

Todo está tranquilo alrededor nuestro. Nó, digo a Esopo, ya no queremos dormir mas, mañana iremos de caza; el sol rojo nos alumbra, no llegaríamos a la montaña... Estraños humores se apoderan de mí i la sangre me sube a la cabeza. Ajitado, débil aun, tengo la sensacion de que alguno me besa i que ese beso me queda sobre los labios. Miro a mi alrededor i nadie visible está presente ¡Iselin! esclamo.

La hierba murmuraba; bien pudieran ser hojas que cayesen o tambien pudieran ser pasos. Un estremecimiento pasa por el bosque i yo pienso que acaso pudiera ser el aliento de Iselin. Iselin se ha paseado por estos bosques; aquí cedia a los ruegos de los cazadores de botas amarillas i capas verdes. Habitaba allá abajo en sus dominios, a dos leguas de aquí. Estaba sentada a su ventana, hace cuatro jeneraciones de esto, escuchando resonar el cuerno de caza por todas las selvas de los alrededores. Habia renos, lobos i osos i los cazadores eran muchos i todos la veian crecer i cada uno de ellos la esperaba. El uno habia visto sus ojos; el otro, oido su voz; pero cierta vez un jóven, no pudiendo dormir, se levantó durante la noche e hizo un agujero hasta la habitacion de Iselin, i vió su vientre blanco i satinado. Cuando ella tenia doce años, Dundas llegó. Era escoces, traficaba en pescados i tenia muchos barcos. Tenia un hijo. Cuando Iselin tuvo dieciseis años, vió por primera vez al jóven Dundas. Fué su primer amor... ¡Qué estraños sentimientos se deslizaron en mí espíritu! ¡i qué pesada se hizo mi cabeza miétras permanecí allí sentado! ¡Cerré los ojos i sentí de nuevo el beso de Iselin!

—¡Iselin! ¿estás aquí tú, la enamorada de la vida? dije ¿Has dejado a Diderik tras un árbol?... Pero mi cabeza se hizo cada vez mas pesada i caí en las ondas del ensueño.

¡Tin, tan, tin tan! Una voz habla; se me figura como si una pléyade cantase en mi sangre; es la voz de Iselin.

—¡Duerme, duerme! Voi a hablarte de mi amor miétras que tú duermes i te contaré mi primera noche. Bien me acuerdo; me habia olvidado de cerrar con llave mi puerta; tenia dieciseis años i era el tiempo de la primavera i de las dulces brisas. Dundas vino. Me pareció que un águila avanzaba susurrando. Yo le habia encontrado una mañana ántes de la hora de la caza; tenia veinte años i volvia de lejanos viajes. Se paseaba a mi lado en el jardin i cuando me tocó con su brazo comencé a amarle. Dos rojas manchas de fiebre le vinieron a la frente, i yo hubiera podido besar esas manchas.

.....

~~~~~

## Las noches de heladas del mes de Agosto

---

La primera de «Las tres noches de helada del mes de Agosto».

A las nueve, el sol se pone. Una vaga oscuridad se esparce sobre la tierra i algunas estrellas son visibles; dos horas mas tarde se ve el reflejo de la luna. Marcho al bosque con mi escopeta i mi perro, enciendo el fuego i su luz manda reflejos por entre los troncos de los pinos. No cae la helada.

¡La primera «noche de helada»! digo. I me estremezco de una manera estraña, con una alegría loca, por encontrarme allí a semejante hora...

¡Echad un «viva» a las noches solitarias en los bosques, vosotros, hombres, animales i pájaros de las selvas! ¡Vivan la oscuridad i el murmullo de Dios en los árboles i la dulce i simple armonía del silencio en mis oídos! ¡Vivan las hojas verdes i las hojas amarillas! ¡Viva el ruido de la vida que oigo! Este ruido es el de un hocico jadeante contra la hierba, un perro que husmea en la tierra. ¡Viva el gato salvaje que se arrastra por el suelo i acecha i se prepara para saltar sobre el gorrion en la oscuridad!

¡Viva la tranquilidad maravillosa de la tierra! ¡vivan las estrellas i la luna! sí, ¡viva todo!

Me levanto i escucho ¡nadie me ha oído! Vuelvo a sentarme.

¡Gracias sean dadas a la noche solitaria, a las montañas, a la oscuridad i al murmullo del mar! ¡Mi sangre bulle en mi corazón! Gracias por mi vida, por mi aliento, por la gracia de vivir esta noche; ¡por todo doi las gracias de todo mi corazón! ¡Escuchad hácia el Este, escuchad hácia el Oeste; pero escuchad! ¡Es el Dios eterno! Este silencio que murmura a mi oreja es la sangre de toda la naturaleza que hierva, es Dios que de ella impregna el mundo entero i a mí mismo tambien. Veo una tela de araña que brilla a la luz de mi hoguera, oigo los remos de una canoa en el puerto, veo una aurora boreal deslizarse sobre el cielo del norte. ¡Oh! Por mi alma inmortal, doi tambien gracias a esto, que soi yo, que está aquí sentado.

¡Silencio! Una piña cae a tierra sordamente. Una piña ha caído, pienso. La luna ha subido su camino; el fuego vacila sobre las brasas a medio quemar, próximo a extinguirse. I ya mui avanzada la noche, vuelvo a mi casa.

---

## Un poeta portugues

---

(GUERRA JUNQUEIRO: *Los Simples, Patria, La Musa en Ocios*. Traducción de Eduardo Marquina).

Al emprender la lectura de una obra cualquiera, conviene hacer en nosotros un balance interior i darnos cuenta, así, de nuestra actual capacidad de comprender i de sentir. Además de la ventaja de hacernos resalante el estado de ánimo con que nos hemos hundido en el pensamiento del autor, esto tiene otra mayor valía aun. I es que la postura de nuestro espíritu, al finalizar la última página de una obra, será el preciso fiel que nos oriente en la apreciación de lo que en él ha nacido durante el trabajar de su atención.

La mas vulgar de las experiencias habrá registrado, a veces, la ausencia absoluta de una modificación. El estado de ánimo en que en esas ocasiones se quedó, ha sido idéntico al que se tenía al comenzar. Pero otras veces hemos constatado un alijeramiento en nosotros, especie de esponjamiento de las entrañas; un algo que nos levantaba la cáscara de la reflexión, como queriendo dar brotes; una boca abierta que, desde el fondo de la conciencia, nos pedía decir a los demás el convencimiento de habernos sentido anchamente sacudidos i modificados. Porque hai dos clases de obras. Mientras unas solicitan del lector un estado de ánimo semejante al que las produjo, otras, por la avasalladora potencia que entrañan, i quiéralo o no lo quiera el lector, con maravilloso poder, imponen el estado que a ellas corresponde. Las primeras dejaron en el alma del autor lo que no fueron capaces de arrastrar consigo al salir: la viva palpitación que quisieron mostrar. Las segundas enredaron en sus frases lo eterno que las movió. Si una de aquéllas, al cantar las tristezas i las desesperanzas por ejemplo, es un lamento continuado i parejo, para que logre conmovernos es necesario que seamos tierra apta para la semilla sembrada. Pero si nos encontramos en esa actitud, no será tampoco la ajena sino la propia tristeza la que nos sacuda, al cargarnos con toda su fuerza sobre la debilidad de la extraña. Es que entónces es lo que llevamos dentro lo que sale a dar la energía de perpetuidad que a aquéllas les faltaba.

\* \* \*

Cuando un gran poeta traduce a otro poeta, no es aventurado afirmar que a éste se nos dé con la misma energía con que él exteriorizó sus sensaciones, i con las imágenes con que hizo claros i embelleció sus pensa-

mientos. Se supone entónces que la obra de hacer frases, i cuyo único mérito en ellas consistia en el orijinal, se ha quedado en la lengua materna del autor traducido, i que sólo pasó a la extranjera lo que llevaba de durable en su seno. Asombra el oír las alabanzas con que se abruma a tal o cual libro extranjero, cuando en su traduccion nos ha dejado enteramente frios. ¿Cuál era, pues, su entraña? La envoltura, el traje. Oh, el estilo! Siempre lo pasajero sobre lo permanente, el último corte de moda por sobre la eterna oracion de vida de todo el cuerpo!

Apénas si conocia a este Guerra Junqueiro por las referencias que de él hace Unamuno en «Vida de don Quijote i Sancho.» Al terminar la lectura de «La Musa en Ocios», una larga sensacion de cansancio rejistraban nuestros ojos i nuestro espíritu. Porque todas las composiciones que llenan este volúmen han sido hechas a la fuerza, en esos momentos en que, poseídos todavía por el mareo del aplauso con que se saludó nuestros aciertos, no nos resignamos a la inactividad, i queremos obligar a las sensaciones a que se esterioricen, aun no viviendo ellas con la robusta vitalidad necesaria. De intenso, no he encontrado en el libro nada mas que la tercera estrofa de «Visita a la floresta», i esto:

«i del ínfimo can, el intenso mirar  
daba a entender las ánsias i la inquietud de un alma  
que está encerrada i que quiere romper a hablar.....  
supo ver el artista, en los ojos de brasa,  
el mutismo elocuente de un corazon humano.»

En estos angustiosos momentos en que se manotea por agarrarse a un tema, cuánto mas saludable para la obra por hacer no le habria sido el abandonarse a la contemplacion de lo que él mismo dice: «dejo que pasten mis ojos—lo azul... como dos borregos.» En «Finis Patriae», tambien el versificador le estorbó la salida al poeta.

«Patria» es un poema de lamento i de ánsias esperanzadoras, en que el pueblo portugues aparece encarnado en la vigorosa figura del Idiota. Entre el tropel de corrompidos cortesanos i la imprudencia de un rei, se asiste al desfile de las miserias que los «*spectros*» de una dinastía fueron acumulando sobre la raza. I ésta, que dice:.....

«i el alma de la humanidad precaria,  
en mareas de asombros, tumultuaria,  
palpitó un dia encima de mi pecho!»,

aprieta en los labios

del pobre Pueblo-Idiota la queja angustiadora:

«¡Ya no cabe, siquiera, en mis dominios,  
la exígua sombra, al sol, de mi bordon!»

En un arranque de suprema desolacion humanitaria, se hace decir al espectro de Nuñálvarez, el jenio de la casta:.....

«¡vívida espada, que empuñé glorioso,  
¡que un macilento labrador mendigo  
en sus manos acójate piadoso.....  
i que el yunque otra vez te dé castigo,  
i que acabes, al fin, reja de arado  
por los campos de Dios, labrando trigo!»...

El Loco, el pobre esperanzado, afirma, entónces, haber encontrado su alma, i frente a las llamaradas del incendio, que arrasan el castillo, llamando a sus desamparados, esclama:

«venid a calentar en el árduo brasero  
las pobres manos i los tristes corazones!...  
ya se llenan de flores las zarzas del sendero!  
ya se llenan, las bocas vírgenes, de canciones!»

En la destruccion final i frente al Idiota crucificado, Guerra Junqueiro afirma todas sus esperanzas en la criaturita que el último campesino lleva en los brazos, esa que «nació de un cadáver i en ella se enjendrarán, talvez, los bosques de mañana...»

No está este poema manchado de la vulgar patriotería ni del tono comunes a las cantatas al terruño; está saturado de una bella sinceridad i de una honda idea humana:

«i el mundo es un palenque, al que me lanza  
mi batalla de Amor i de Verdad.  
¡Caballero de Dios, surje i avanza!  
¡dale al yunque los clavos de Jesús  
i haz con ellos el hierro de tu lanza!  
¡Labra el asta del leño de una cruz  
i, paladin de la visera erguida,  
da lanzadas gloriosas a la luz!»

Acaso un tanto caricaturesco i de insuficiente calor en la espresion para los que vivimos léjos del medio en el cual sus personajes se mueven, consigue, sin embargo, darnos la vision de ser obra duradera.

En «Los Simples», canta a los sencillos de alma, a los injénuos de

pensamiento, i coje sus comparaciones e imájenes en el mismo ambiente en que ellos viven i trabajan. Las cosas, los árboles, los animales, reciben la bendición de sus mansos sentimientos i las pueriles palabras de su amplísimo amor. El pollino de «La molinera» le hace nacer estos impulsos:

«ganas me dan, viendo su humilde ralea,  
deirme a la parroquia blanca de la aldea  
para bautizarlo i hacerlo cristiano.»

A su boyeriza,

«la viste de oros el buen sol amigo;  
su sombrero es paja que hace un mes dió trigo,  
su basquiña es lino que hace un mes dió flor»

En su poemita «Cadáver», cuenta la muerte del viejo castañero bajs el cual nacieron tantas esperanzas labriegas i que dió al campesino viga, para su techo, cunas para el nieto, luz i calor al hogar, artesa para el pan yugos i arados. I siente con propio dolor la ida de aquel árbol, i lo que quisiera,

«muertos castañeros,  
es, como vosotros levantar mis ramas;  
dar trescientos años sombra a los cabreros,  
i en ahumados llares de alegres braseros,  
¡calentando abuelos, deshacerme en llamas...»

En estos poemas humildes, el poeta triunfa, a veces, de nosotros i nos hace sentir en sus versos las tristezas que le fueron propias. Pero se nota un tan desmedido afan de alargarse, de dar importancia a lo que no lo tenía, que no sólo hai decenas de estrofas perdidas, sino composiciones enteras. Fuera de las dos citadas, apénas nos satisfacen «Preludio» i «Eras a la luna». Su «Oracion al pan» nos da, fragmentariamente, la sensacion de una intensa alma de poeta.

Pero donde Guerra Junqueiro alcanza a poner aliento de universalidad en su voz, raiz de eternidad en su pensamiento i angustias de belleza en nosotros, es en su «Oracion a la luz». Fuerte i honda oracion, en ella se hermana la gran amplitud de la vision con la mayor profundidad i la profusion de imájenes. Nos invita a orar a la luz, jeneradora de la vida universal, porque por ella la roca se

«Torna arena... i, en un momento,  
la arena es lodo, i savia i fruto blando,  
i carne humana, i sangre i pensamiento.»

Porque por ella

«suspiran, sin cesar, durmientes,  
las almas vejetales, retenidas  
en el vago estupor de las simientes.»

Porque es la sangre del mas grande de los crucificados:

«¡oh, sol crucificado, oh, sol bendito!  
Tu carne de fluidos i metales  
es la carne matriz del mundo todo;  
carne que está en el agua i en el lodo,  
nuestros padres i madres naturales»

Porque por ella

«Relumbran en mi cuerpo, humanizadas,  
muertas constelaciones i muertas alboradas»

Porque por ella

«Esta carne, esta sangre, esta miseria,  
este anhelo inmortal que me tortura,  
ya fueron brasa en la amplitud etérea  
i por eso en la luz viven de hartura.»

Para nosotros, es este luminoso ventarron panteista lo que justifica el dictado de gran poeta que se ha dado a Guerra Junqueiro.

---

## Nuevas orientaciones de la Educacion<sup>(1)</sup>

---

En tésis jeneral, me permití manifestar entónces la conveniencia de revisar el plan de estudios de los liceos de la República, pues creo sinceramente que en mas de algun punto es susceptible de ser modificado, si no en su fondo, en la forma de su desarrollo i con atencion a las necesidades de nuestra cultura patria, así como a las exijencias generales del tiempo i del progreso universal.

Dentro de nuestras condiciones de carácter nacional, del espíritu de nuestras instituciones políticas i de los fines particulares que, de acuerdo con ellas, el pueblo de Chile, lo mismo que cualesquiera otros, debe seguir en su desenvolvimiento, conviene, pues, poner nuestra enseñanza pública en armonía con las tendencias nuevas mas salientes sobre la materia. Dicha armonía, para que produzca resultados duraderos, hai que buscarla siempre en la orientacion jeneral de la enseñanza i no sólo en un punto o detalle, como suele ser el caso entre nosotros con nuestras reformas parciales.

Con la adopción del ahí llamado «plan o sistema concéntrico» hace ya veinte años, se concluyó con el antiguo «plan o sistema de ramos», que por tanto tiempo dominó en nuestros institutos de enseñanza, señalando, sin duda, ese hecho una nueva éra en los anales de nuestra educacion pública. Sin embargo, aquí cabria talvez preguntar si dicha sustitucion de plan ha significado, en efecto, un progreso real en nuestra enseñanza, si ha influido en mayor grado en nuestro adelantamiento intelectual i moral, o si las jeneraciones formadas segun el nuevo plan prometen mas en ese sentido que las que lo fueron segun el antiguo.

Para responder a estas preguntas habria que tomar en consideracion tambien otros factores, siendo el primero de ellos el de si la implantacion del nuevo plan ha sido perfecta o nó, o si en su desarrollo se ha seguido o no un camino conveniente en relacion al método, a la forma de exámenes, a la disciplina educativa, a la vida escolar etc. Cada uno de estos tópicos, que se refieren a lo que se llama la organizacion interna de la enseñanza, exige capítulo separado i talvez tenga oportunidad de volver

---

(1) En la Secretaría de la SOCIEDAD NACIONAL DE PROFESORES se ha recibido esta comunicacion del pedagogo chileno don Zacarías Salinas, actualmente en Leipzig.

sobre ellos en el curso de esta misma carta o en otras que habré de dirigir despues.

Como se sabe, segun el plan concéntrico, todas las materias del programa, o el núcleo principal de ellas, se estudian desde el primero hasta el último año del colejio, i los conocimientos van dilatándose en forma de ciclos o de círculos concéntricos. Segun el plan de ramos, por el contrario, se estudia primero uno o mas ramos hasta terminarlos, para estudiar despues otros. En el primer caso se busca el modo de relacionar los ramos entre sí (concentracion), miéntras que en el segundo cada ramo sigue un camino aislado.

El plan concéntrico considera a la vez el hombre i la materia de enseñanza, el desarrollo de las enerjías naturales i la adquisicion de conocimientos, la disciplina de la mente i el aprendizaje de los ramos del saber, la educacion i la instruccion, i si el método didáctico fué correcto, es decir, si supo despertar intereses i mantenerlos, dirijiéndolos hácia fines superiores, el educando sale de las aulas con el cerebro nutrido de ideas i provisto del equilibrio i vigor intelectual necesarios para iniciarse con éxito en las distintas faenas de la vida i trabajar con gusto en su propio perfeccionamiento. El plan de ramos carga todo el peso de la enseñanza en la materia, en el aprendizaje del ramo; considera al hombre no como un jérmén fecundo de enerjías que deben ser desarrolladas, sino como un fondo que debe llenarse, i el alumno sale del colejio con la cabeza llena de conocimientos aprendidos, cuando no de palabras i frases, pero sin ese vigor i esa frescura de cuerpo i alma que saben dar un buen desarrollo i la jinnástica del espíritu.

El plan concéntrico, bien entendido i debidamente interpretado en la práctica, ayuda a «formar el hombre», desarrollando sus facultades mediante el ejercicio de ellas mismas i lo prepara para el trabajo intensivo de la vida. El plan de ramos, al contrario, lo aplasta en su desarrollo.

Sin olvidar el lado práctico que toda enseñanza debe tener, es decir, la adquisicion de conocimientos útiles para la vida, el plan concéntrico considera la materia mas como medio que como fin, i sabe provocar el desarrollo de adentro hácia afuera, de acuerdo con las leyes naturales. Su fin es el hombre. En el plan de ramos, el fin es la materia i, como tal, procede de afuera hácia adentro, contrariando las leyes de la naturaleza. El primer plan es pedagójico. El segundo no lo es.

Tal es, entre otras, la razon por qué los pedagogos i los estadistas de muchos paises cultos han tenido que decidirse en favor del primero i organizar la enseñanza de sus respectivos pueblos en conformidad con él.

Pero como nada hai quieto en el mundo, mucho ménos en el de las ideas, he aquí que ahora las opiniones se modifican de nuevo sobre ese

punto, i lo que ayer no mas se creyó bueno o verdadero, hoi ya no lo es o no lo parece.

Cunde, pues, la desconfianza en la llamada ilustracion jeneral (allgemeine Bildung) que el plan concéntrico representa i muchas voces autorizadas se levantan contra él, unas apoyadas en los progresos de la psicología i la pedagogía experimentales, i otras en las observacionee de la esperiencia.

No obstante todas las bondades a que me acabo de referir, es forzoso reconocer que el plan concéntrico, tal como está implantado entre nosotros, impone una carga casi insuperable a la juventud estudiosa, hasta obligarla a rendir sus fuerzas bajo el peso abrumador de tanto ramo científico, literario i técnico, que tiene que estudiar simultáneamente, haciendo así ilusorias sus ventajas.

Fuera de este inconveniente, que bastaría por sí solo para dudar del mérito de un sistema de enseñanza i para juzgarlo desfavorablemente, hai otro acaso mayor aun. El plan concéntrico, cerrado i aplicado con todo su rigor sistemático, retarda o dificulta el desarrollo espontáneo de las aptitudes especiales del hombre, que toda buena enseñanza debe favorecer. Obligando al jóven a seguir el curso en todos los ramos del programa desde el principio hasta el fin del colejio, no solamente se le coharta en su desarrollo individual, impidiéndole el libre juego de sus aptitudes, sino que se le desvía de la direccion que le señalan sus disposiciones, llevándolo por caminos forzados a dominios estraños a ellas.

Toda educacion, para ser correcta, tiene que procurar, en primer término, el desarrollo integral de las enerjías del hombre. La educacion moderna no se concibe de otra manera, sobre todo despues que la biología está considerada como una ciencia ausiliar indispensable de la pedagogía. Educar es desarrollar. Pero en ningun caso conviene sacrificar en beneficio de dicho desarrollo integral de enerjías, el desarrollo especial de las aptitudes que constituyen, por decirlo así, el talento porsonal, i que se manifiestan ya bastante temprano en la juventud, saliendo por encima de las demas. Son, pues, estas aptitudes especiales, que distinguen a un individuo de otro, las que imprimen mas tarde en el hombre ese sello característico que se designa con el nombre de *individualidad* i que la educacion debe tratar de ayudar, observando las inclinaciones naturales del niño i facilitándoles que se confirmen i verifiquen en la práctica.

Un desarrollo que se limita sólo a las aptitudes sobresalientes en el niño, con olvido o exclusion de las demas, que pueden estar ocultas o que apenas se manifiestan, es parcial, i, a su vez, uno que detiene el avance i coharta el vuelo de ellas, sujetándolas atadas al nivel de las otras para desarrollarlas todas juntas, segun un esquema o plan preconcebido, es forzado e incompleto. Ambas formas de educacion son imperfectas, porque

en ámbos casos se peca contra la naturaleza, que, si es cierto que quiere el desarrollo jeneral de todas sus enerjías, con mas razon quiere el de aquéllas que se manifiestan con mayor vigor i en la direccion que ella misma se encarga de señalar. I lo correcto en la tarea de la educacion, lo verdaderamente pedagógico es escuchar la voz de la naturaleza i seguir sus indicaciones. Me refiero, naturalmente, al dominio intelectual i estados normales.

Desarrollar por desarrollar solamente, tampoco puede ser el fin de la educacion, sino desarrollar para producir, i son precisamente las aptitudes especiales, lo mismo que las varas mas fuertes de los árboles de cultivo, que el arboricultor cuida de preferencia, las que llevan las mas hermosas flores i producen los mejores frutos. I con frecuencia vemos que en muchos casos las plantas se inclinan pertinazmente hácia el lado opuesto al que su cultivador quiso inclinarlas, burlando sus planos. Lo mismo pasa con la educacion del hombre. Tan cultivado es el uno como el otro.

La educacion de la voluntad, de que tanto se habla en nuestros dias, casi como de una panacea pedagógica (olvidando muchas veces que el pensamiento por sí solo es un poder, i en lo humano el mas grande de todos), se cumple tambien mejor cuando se sabe facilitar el ejercicio de las aptitudes especiales. Hacemos con mas gusto aquello para lo cual nos sentimos capaces, i el espíritu de empresa, de accion creadora, de trabajo i lucha se aviva i acrecienta cuando se siente el éxito del esfuerzo propio, individual, que satisface las inclinaciones naturales.

Por otra parte, si el programa de enseñanza se propone el objeto de introducir las jóvenes jeneraciones en el conocimiento de las conquistas de la cultura, a fin de que püedan mas tarde, como colaboradores activos i decididos de ella, ponerse al servicio de la colectividad, el método didáctico no puede tener entónces otro fin mas alto que el de estimular i fortalecer la actividad propia del discipulo, conduciéndolo a la independendencia personal. Esto exige el *carácter moral* del hombre, que es, a juicio de los mas grandes educadores, el punto céntrico donde se juntan todos los caminos de la educacion i el faro de luz que a todos los alumbrá. Pero carácter <sup>sin</sup> independendencia personal no es posible, ni siquiera imaginable, i la independendencia es el fruto de la actividad propia, espontánea, la cual se ejercita i desarrolla tambien mejor cuando está puesta dentro de las capacidades especiales i al servicio del talento individual. Por su medio se despierta, eleva i mantiene el interés, ese otro poderoso motor que pone en juego las enerjías del espíritu, siendo tambien mayor cuando va dirigido por el camino natural, el de la inclinacion.

No la *intuicion*, como dijo Pestalozzi, sino la *actividad propia*, como se dice hoi, es el fundamento de los conocimientos. Tal es, en mi con-

cepto, el verdadero sentido pedagógico del nombre *escuela de trabajo* que con tanto acierto se contraponen hoy al de *escuela de aprendizaje*.

Ahora, en cuanto a la parte instructiva, a la materia de los conocimientos adquiribles, tampoco es justo ofrendar a la ilustración general en todos los ramos la ilustración o preparación especial en uno sólo, el correspondiente a la aptitud o inclinación individual, en el cual, pudiendo ser llevado al más alto grado de perfección, halla el hombre su satisfacción, su porvenir i felicidad.

Así como no es posible para el hombre que piensa o quiere pensar, creer en una verdad general única, tampoco puede él aceptar una felicidad general común a todos los hombres. Las que se presentan como tales son construcciones de la fantasía humana, desbordes de inteligencias superabundantes, proyecciones, también fantásticas, de la subjetividad propia o la expresión de un generoso anhelo. Existen, sin duda, muchas felicidades particulares, individuales, halladas en los distintos senderos de la vida, sobre todo cuando, por el equilibrio entre el mundo interior i el exterior, se sabe encontrar el puesto que a cada uno en ella le corresponde. I el mejor ideal que los pedagogos o los estadistas pueden sugerir a los hijos de su pueblo, será siempre aquél que les señale el camino para que encuentren por sí mismos su propia felicidad, dándoles todas las facilidades posibles dentro de los límites del orden social i las conveniencias económicas i políticas de la nación, sin olvidar que también las fantasías i los sueños de los hombres son formas de la actividad del pensamiento, atributos de la naturaleza humana, finas manifestaciones de nuestra existencia íntima, que sirven para hermostrar la vida, dándole expresión i colorido o buscando para ella un punto de mira fijado en el infinito i en cuya contemplación encuentran muchos su dicha i alegría. No es una necesidad, pero es un goce estético. I, a su vez, el mejor sistema de enseñanza, es el que cumpla con dicho ideal.

A estas razones, que tal vez pudieran llamarse de psicología, biología, higiene, ética etc., expresadas en forma popular, se pueden agregar todavía otras de carácter social: la división del trabajo, la especialización en las ciencias etc.; pero que me basta sólo con enunciarlas, debiendo hacer notar que tanto la necesidad de dividir el trabajo como el progreso de las ciencias, exigen cierto grado de especialización en los estudios algo más temprano de lo que comúnmente se cree i de lo que hoy se hace. Está también averiguado que la dirección en que se manifiestan con más fuerza las energías juveniles i su capacidad creadora deciden, por regla general, de la suerte futura del hombre i de la influencia que está llamado a ejercer más tarde en la sociedad.

Conviene, además, tener aquí presente que vida intelectual, de estudio, significa actividad creadora. Esta sola convicción, que debe inculcarse

desde temprano practicamente a la juventud, es de gran importancia en la enseñanza, porque nos da la base para apreciar el mérito personal del hombre, cosa que es necesario acentuar cada vez mas al frente de la tendencia social i uniformista exagerada que algunos tratan de imprimir a la pedagogía. En ella descansa el sentimiento directo, por decirlo así, vivido por cada uno, de la libertad i la responsabilidad personal, así como el reconocimiento de que en último término toda comunidad humana es sostenida i llevada por las fuerzas vivas, productoras del individuo i que, por consiguiente, todo mejoramiento social debe partir del perfeccionamiento individual. Este hecho reconocido de la actividad creadora del alma humana está, pues, indicando, ya por si sólo, a la educacion el camino que debe seguir.

I todavía una razon práctica. Una enseñanza que sólo sirve a los propósitos de la pura ilustracion jeneral prepara, por lo comun, hombres superficiales que pueden saber de todo un poco, pero que no son capaces de profundizar en ninguna materia ni de tomar una direccion precisa i determinada en la vida. Sus frutos, en caso de producirlos, lo mismo que los de los árboles a que se deja crecer todas las ramas, son raquíticos. Tales hombres sin fondo, sin principios, sin doctrina i, lo que es peor, sin carácter moral, son un mal grave para la sociedad, porque no prestan otro servicio ni cumplen otro deber que el de la conservacion material de la especie.

En cambio, la enseñanza que facilita a su tiempo el desarrollo individual i el estudio de una especialidad, libremente elejida, ejercitada con gusto i con amor, prepara para la investigacion i la produccion a fondo, encauzando oportunamente las enerjías de la juventud en la vía del trabajo serio i positivo que afirma las convicciones i fortalece el carácter.

Por mui deseable que sea, no es posible hacer de cada hombre una enciclopedia.

Con esto no quiero significar que participe yo de la opinion de los que dicen que el tan decantado desarrollo integral de enerjías no pasa de ser una ilusion, i un engaño lo de la ilustracion jeneral, abogando por especializar los estudios ya en la escuela primaria o por el aprendizaje en ella de un oficio, una profesion o industria. Esto es exagerar.

Tampoco sigo la tendencia individualista exagerada que se exhibe en la pedagogía norte-americana, porque creo ver en ella el esponente del espíritu utilitario que, por desgracia, caracteriza la cultura de aquel gran pueblo, la cual no puedo aceptar en doctrina, ni deseo para mi país. Habilitar a tiempo a la juventud para que sepa labrarse un posicion independiente por medio del trabajo remunerador, pero honrado, es otra cosa que enseñarla a ganar dinero a toda costa i en el menor tiempo posible. Ninguno de estos dos puntos de vista puede ser jamás fin de educacion, i

el segundo es profundamente inmoral, llevando en sí jérmenes de descomposicion.

El egoismo personal ilimitado, que no reconoce ya ningun mandato de la moral, que pasa por sobre cadáveres i que, para la falta de lealtad en el trato i la palabra empeñada, apénas tiene un burlesco encojimiento de hombros o una frase irónica, cava hondas heridas en el cuerpo social i es deber de los educadores combatirlo enérgicamente desde la escuela elemental.

.....  
No obstante, creo que el plan concéntrico, cerrado i estendido con todo el rigor sistemático hasta el fin del colejio, es tambien una exajeracion i, hasta cierto punto, un error pedagójico, i, al opinar, por limitarlo, abriendo en los grados superiores las puertas a las tendencias individuales i permitiendo, por consiguiente, cierta forma de especializacion en los estudios, en armonía con dichas tendencias, estoi en buena compañía. A esto me referí en mi carta anterior al hablar de la conveniencia de bifurcar la enseñanza en los dos últimos años del liceo.

No se trata de imprimir a la enseñanza en esos grados índole profesional alguna ni de establecer en los liceos cursos especiales de aprendizaje práctico, porque bien se sabe que el liceo no es escuela profesional; pero sí de soltar un poco los apretados resòrtes del sistema, dejando a los jóvenes cierta libertad de accion, a fin de dar lugar a que se manifiesten i encaucen por sí solas las aptitudes individuales que orientan hácia la profesion o carrera futura del educando.

El plantel por excelencia para la educacion e instruccion jeneral es la escuela primaria. Es aquí donde tienen rigorosa aplicacion las leyes del desarrollo integral i los métodos psicolójicos, sin que esto quiera decir que no se deba atender ya en ella la individualidad del niño i sus inclinaciones naturales—que se manifiestan desde los primeros juegos infantiles—i poner al mismo tiempo de relieve la utilidad de los conocimientos para la vida práctica, sobre todo en una época en que la enseñanza escolar no se da ni se demuestra con palabras, sino que se hace con las manos del alumno.

Sobre la base amplia de la escuela primaria, se levanta el liceo que debe continuar, en la misma forma i con los mismos métodos, la tarea educativa e instructiva jeneral; pues sin conocer, al ménos en sus principios fundamentales, la pedagogía de la escuela elemental, no es posible comprender bien ni aplicar con acierto la pedagogía de la escuela superior, la cual no es mas que una elevacion gradual de aquélla, constituyendo ámbas un todo armérico en la educacion. Pero llega un momento en que la psicología del niño cede su lugar a la psicología del jóven, la psicología del laboratorio a la psicología de la vida, la psicología del profesor a la

psicología del alumno, i, por su parte, la enseñanza va perdiendo poco a poco su carácter popular para tomar el carácter científico; i como la balanza va inclinándose mas i mas del lado de la materia, del ramo, los métodos psicológicos ceden tambien paulatinamente su puesto a los métodos lógicos. Este cambio se indica por la intensidad con que se manifiestan las inclinaciones especiales del alumno, en relacion, sin duda, con transiciones en su desarrollo orgánico (después de la pubertad) i es, a juicio de los entendidos, el momento mas oportuno para abrirles franco camino.

Detener en esa edad demasiado a los niños en los elementos, haciendo largos ejercicios educativos o de desarrollo, que, por correctos que sean desde el punto de vista didáctico, los fastidian, porque no satisfacen su sed de avanzar i aprender algo nuevo ni ven en ellos un objeto práctico inmediato, es, a mi juicio, un error pedagógico, i este error es mayor aun cuando se trata de niños latinos en quienes predomina el temperamento sanguíneo de la raza, que se caracteriza por una fuerte i rápida capacidad de percepcion, aunque de efecto poco duradero. Pero esto no significa superioridad intelectual sobre los niños sajones, por ejemplo, como afirman algunos, poseidos de esa vanidosa suficiencia que tiene, por desgracia, su expresion máxima en los pueblos de Hispano-América. Es sólo una forma distinta de manifestarse la intelijencia o, mejor dicho, la capacidad de percibir i no tiene su esplicación en la raza por ser tal, sino en otras causas. I al reconocer como un error el hecho a que me refiero, no estoi abogando por un acortamiento en la duracion total de los estudios; ántes bien, veria con gusto, en la segunda enseñanza de mi patria, el liceo superior con ocho años, levantado sobre una escuela primaria de cuatro grados, i a condicion de disminuir en la Universidad, etc.

Fundándose en observaciones comparativas, la pedagogía experimental se inclina a negar la precocidad en el desarrollo intelectual continuado que se atribuye a los pueblos meridionales de Europa comparados con los setentrionales. Pero, si es verdad que dichos experimentos arrojan ya alguna luz en ese interesante problema, no constituyen todavía base suficiente para sentar leyes. I por otra parte, la misma pedagogía experimental, en vista de los resultados de las observaciones hechas, enseña que es necesario individualizar sobre el fundamento de las razas, nacionalidad, clima, medio ambiente, costumbres sociales, jénero de alimentacion, sexo etc., que influyen notablemente en el desarrollo. Sobre el último punto hai razones para creer que los entusiasmos feministas de algunos sociólogos pedagogistas, sin base biológica ni psicológica, que tratan de uniformar los sexos, se disiparán en poco tiempo i su magnífica erudicion verbosa quedará, cuando mas, sonando todavía como *música celestial* en medio de la seca i fria realidad de los hechos.

Cualquiera que sea, pues, la forma de organizacion de la segunda

enseñanza, en todo caso conviene tener en vista como tarea educativa superior la *formacion de personalidades armónicas*, i en atencion a este fin debe impartirse la instruccion i a él deben subordinarse tambien la disciplina, el trato con los alumnos i todo el conjunto de la vida del colegio. Se comprende de por sí que para alcanzar tal fin hai que tomar como supremo principio didáctico el que nos manda considerar la actividad propia del discípulo. Pero al lado de la actividad dirigida se debe dejar campo a la actividad libre, puesto que en esa edad en que están los alumnos de un liceo comienza a desarrollarse vigorosamente su individualidad, i es un error grave que la organizacion de nuestra segunda enseñanza no la tome todavía en consideracion, interior ni exteriormente. A los fines obligatorios que establece el programa, deben, pues, ser asociados los fines libres, para los cuales el liceo tiene que dejar tiempo i dar facilidades.

En todas las direcciones del trabajo escolar teórico i práctico, es decir, en todos los ramos de estudios, hai que dejar lugar a la accion libre i crear estímulos para ella. Miéntras un grupo de alumnos se ejercita, por ejemplo, en estudios lingüísticos de fondo, otro puede hacer intensos estudios históricos, un tercero experimentar en los laboratorios mas allá de los límites de obligacion, i todavía un cuarto, ocuparse con trabajos artísticos o técnicos. Sólo así será posible establecer relacion de armonía entre la base comun de la educacion escolar i el desarrollo de la personalidad individual.

En una organizacion tal no hai ramos obligatorios ni ramos facultativos; pero si hai fines obligatorios i fines libres en cada ramo, indicados estos últimos por las inclinaciones individuales. I como dichas inclinaciones se pueden clasificar en grupos, segun sean éstos así será tambien la division de la enseñanza en cursos paralelos. El estudio de un curso no excluye el de los otros; pero el peso de la enseñanza se carga en el de la especialidad libremente elejida, dándole todo el desarrollo que sea posible i que permitan las facultades de los alumnos, tanto en las lecciones teóricas como en los ejercicios prácticos. Por su parte, el exámen de grado se concreta de preferencia a dicha especialidad, siempre que se haya cumplido con los fines obligatorios del colegio i se haya adquirido la madurez necesaria en los otros ramos de instruccion jeneral.

Como se ve, el sistema de clases (así se llama por acá el concéntrico) resultaria cambiado— hasta cierto punto i en una forma nueva— en los grados superiores por el sistema de ramos, i las ventajas apuntadas no sólo redundarian en beneficio del colegio i de los jóvenes que de él salen directamente a la vida, sino de la Universidad, que empezaria su trabajo en mejores condiciones que ahora, sobre una base de conocimiento mas precisos i podria, ademas, acortar la duracion de sus estudios i entregar, por consiguiente, a la vida profesional i práctica, fuerzas mas jóvenes i

frescas, es decir, en una edad en que el hombre, por regla jeneral, revela sus mas vigorosos i orijinales impulsos creadores.

Segun opiniones mui autorizadas, la gran estension que han tomado los estudios universitarios, deteniendo a los jóvenes en las aulas hasta mas allá de los veintiseis años de edad, importa una pérdida irreparable de las mejores enerjías productivas del hombre i, por consiguiente, un daño para la economía de la nacion.

Estas ideas que no son nuevas ni yo las he sacado de la teoría solamente, serán, sin duda, del dominio de Uds., i talvez a estas horas se esté tratando allí de ponerlas en práctica para bien de nuestra enseñanza pública i mayor satisfaccion de la juventud estudiosa.

\* \* \*

Buscando el modo de armonizar mejor en la práctica el desarrollo integral de las enerjías del educando con el particular de sus singulares aptitudes, i a fin de evitar en lo posible los excesos en que cae el plan concéntrico llevado al extremo, dividí el «Liceo de Costa Rica» en dos ciclos: el primero de tres i el segundo de dos años. En el primero, que era la continuacion directa de la escuela primaria de seis grados, se dió a la enseñanza un carácter popular, ajustándola en todo a los principios del sistema, i la atencion fué puesta de preferencia en la educacion i cultura jeneral. En el segundo, por el contrario, se le imprimió carácter científico i, sin disolver la unidad del curso, se soltaron un poco los resortes del plan.

En vista de los buenos resultados obtenidos en tres años de prueba, i para darle mayor desarrollo i profundizacion a la enseñanza en el segundo ciclo, previendo tambien una posible bifurcacion del plan, se aumentó el curso total del colejio a seis años, tres para cada ciclo. Los alumnos pasaban entonces al Liceo ya del quinto grado de la escuela primaria comun, i en el reglamento se consignó la disposicion siguiente: «El carácter de la enseñanza será elemental i práctico en el primer ciclo i de rigor científico en el segundo».

El interes de los jóvenes por el estudio se despertó luego en tal grado, que acudian en tropel al establecimiento fuera del tiempo de lecciones, en los recreos, en la noche, vacaciones etc., a trabajar por su cuenta en los laboratorios, gabinetes, salas de colecciones etc., haciendo libre uso del material científico destinado a las clases.

Como algunas familias se quejaron de que sus hijos salian demasiado temprano del hogar para ir al colejio, se ordenó no permitirles la entrada ántes de la hora reglamentaria. Pero los estudiosos no se amedrentaron por esto i buscaron paso por mis habitaciones particulares, seguros de que yo no me habia de oponer a un fin tan noble. Como creo que las leyes humanas deben ser un tanto elásticas en la práctica, como elástica es

nuestra naturaleza, sobre todo tratándose de niños, me hice, en efecto, desentendido, sin temor de esponerme a las censuras del consejo de profesores, que se manifestó siempre muy severo en el manejo de la disciplina. I confieso que hasta hoy considero aquella época, con aquel hecho de *indisciplina*, como el punto culminante en mi carrera pedagógica.

En los repasos que el programa señalaba para refrescar i afirmar mejor lo aprendido, los alumnos se dividian solos en grupos por asignaturas i los ejercicios eran dirigidos por los mejores especialistas en forma de conferencias o de perfectas lecciones.

En el curso superior, estimulados por algunos profesores, los alumnos mas aventajados daban conferencias a sus compañeros en las clases ordinarias, seguidas de discusion, que ellos mismos preparaban cuidadosamente, investigando por su cuenta en los ramos de su predileccion.

Los buenos resultados a que me refiero no sólo se dejaron sentir en la enseñanza propiamente tal; la asistencia se mejoró tambien notablemente, i toda la disciplina del colejio se perfeccionó en grado eminente, siendo, hasta cierto punto, manejada por los mismos alumnos en los años superiores.

La observacion de estos hechos, que vinieron en apoyo de mis convicciones personales, me indujo a romper de una vez la unidad del sistema i esbocé el plan de organizacion definitiva de la enseñanza para el segundo ciclo. Lo dividí en dos cursos paralelos, a partir del quinto año inclusive; uno de lenguas e historia, i el otro de ciencias naturales i matemáticas, pudiendo este último ser subdividido en dos, segun los casos, en el sexto año. El cuarto año quedaba a manera de puente para pasar del primero al segundo ciclo propiamente tal, esto es, destinado a que se manifestaran en él las tendencias individuales por la inclinacion paulatina de la enseñanza mas del lado de los conocimientos, i a que, por su parte, los profesores hicieran, al respecto, las observaciones correspondientes.

La Escuela Normal, atendido el carácter profesional de sus estudios, la dividí en tres cursos paralelos, completamente separados en el último año: de ramos científicos, ramos literarios i ramos técnicos.

Convencido de que la disciplina escolar sólo puede prosperar i ser correcta allí donde los profesores dejan de ser los simples instructores para convertirse en verdaderos educadores, es decir, donde son, a la vez, los maestros, amigos i buenos camaradas de sus discípulos, i donde, en medio de la intimidad en el trato con éstos, saben conservar su autoridad i su prestigio, confiaba el manejo de ella mas todavía a unos i a otros, a fin de concluir tambien con los porfiados restos del sistema inspectoril, que allá reduje a su mínimo.

.....  
 Por causa de mi retiro, el plan a que me acabo de referir no alcanzó

a ser puesto en vijencia i me lo eché al bolsillo, sintiendo mui de veras por la juventud costarricense.

Vuelvo a Alemania, i apénas reconfortado mi espíritu por el soplo vivificante de la libertad i la ciencia,—dos cosas de que por tanto tiempo habia carecido,—tuve la satisfaccion de ver, ya en Hamburgo, que mis anhelos pedagójicos eran allí una realidad, aunque limitados sólo al último año del jimnasio i con el nombre de «libertad de movimiento», la cual se estiende hoi a casi todo el Imperio i es recomendada espresamente por las autoridades superiores del ramo.

Tal es lo que sobre el particular aquí está en práctica; la teoría, como en todo, va mas adelante, i como los informes de los directores de los colegios donde se han hecho los ensayos son todos favorables, creo que dichas recomendaciones se convertirán pronto en disposiciones legales terminantes. Además, es este un punto principal en el progama que se han trazado los reformadores de la enseñanza en todos sus grados.

I tal se hace o intenta hacer en Alemania, donde, como se sabe, existen tres clases de establecimientos de segunda enseñanza con iguales derechos a la Universidad: el *Jimnasio*, que representa la cultura clásica; la *Real Escuela Superior*, que representa la enseñanza científica moderna; i el *Real Jimnasio*, que es una feliz combinacion de ámbas. Con mas razon me parece, pues, que debiera hacerse en Chile, donde, al parecer, se cree haber resuelto uno de los mas difíciles problemas de organizacion pedagójica, es decir, el de la segunda enseñanza dada en un solo establecimiento.

Uno de los defectos que, a mi juicio, tiene la enseñanza alemana es su tendencia a sistematizar demasiado, a tal punto que parece que el cerebro aleman estuviera hecho espresamente para construir sistemas, sometiéndolo todo a leyes i principios fijos, a reglas, normas i programas cerrados que entraban la libre accion individual i matan la orijinalidad. Algo de esto último se ve, pues, por aquí, que yo tampoco puedo desear para mi patria. Son, sin duda, los frutos del intelectualismo exajerado, exceso de cultura intelectual, que no es siempre la mas sana ni la mejor.

Afortunadamente, contra esa tendencia se deja sentir hoi un poderoso movimiento en todo el país, encaminado a libertar la escuela del peso de tanta doctrina i cuyos buenos resultados no se harán esperar mucho. Dicho movimiento reformador, encabezado por grandes pensadores i distinguidos pedagogos de la nueva escuela, está dirijido, por una parte, contra la centralizacion que crea el autoritarismo burocrático, i, por otra, contra las exajeraciones de la escuela pedagójica intelectualista de los herbartianos, que con sus hermosas, pero fantásticas construcciones, han contribuido a crear, en gran parte, el malestar que hoi se siente, haciendo, talvez, mas daños que bienes a la enseñanza pública.

\* \* \*

No por medio de sistemas cerrados, de normas fijas, de reglas i doctrinas inculcadas, no por medio de conocimientos hechos i aprendidos, sino mas por la libre actividad investigadora, por la observacion i el esfuerzo personal, por el trabajo propio i espontáneo, se propone la nueva escuela educar la juventud para la independencia de carácter i la conciencia de que cada uno en su esfera debe ser responsable como hombre i como ciudadano.

Independiente, libre, quiere hacer la escuela al jóven, hasta donde sea posible i justo; libre del poder de sus propios i bajos instintos, que son un obstáculo a su desarrollo superior; libre de las influencias esternas que lo hacen chocar contra el derecho, la equidad i la justicia, i libre, por último, de todo autoritarismo didáctico que coharte el juego natural de sus aptitudes. Esa independencia que la escuela desea para la juventud no la lleva de afuera para ofrecerla como un presente, sino que la saca del fondo de cada uno, la forma con ella, la vigoriza i dirige. Nadie es capaz de poner en el hombre las condiciones que lo hacen tal, ni nadie puede plantar en el fondo de su alma las virtudes morales que constituyen la esencia de su carácter; pero la educacion puede ayudar a descubrirlas e influir sobre ellas, estimulándolas por medio del trabajo i el ejemplo. Nadie ha bajado, ni bajará jamás, de lo alto a redimirlo, porque él lleva consigo los requisitos necesarios para redimirse; él debe ser su propio redentor; pero la escuela puede i debe facilitarle el camino para que alcance su redencion por virtud propia, por obra natural i humana, dentro de las limitaciones puestas por la misma naturaleza i la vida. («Oid: el reino de Dios está en el interior de vosotros». «Las obras que yo hago podeis hacerlas tambien vosotros»).

Valor debe infundir la educacion al jóven para investigar i conocer por sí mismo; para dominar las dificultades i los padecimientos de la vida, valor para perseverar, luchar i vencer.

El método que conduce al alumno a adquirir sus conocimientos por la propia actividad i la esperiencia personal, pone sus exigencias no sólo a la memoria i al entendimiento, sino a todas sus enerjías i capacidades, impresiona el sentimiento i estimula la voluntad para la accion, le obliga a esplicarse directamente con las cosas mismas i sus relaciones inmediatas, con los hechos i fenómenos, ántes que con las palabras i frases, haciendo así de sus propias impresiones el punto de partida de toda verdadera educacion i de todo trabajo de cultura. Él enseña al hombre a ser modesto, porque le descubre la verdad de lo que puede i es capaz por sí mismo, sin esa vanidad que enjendra la enseñanza catedrática verbosa.

Él le enseña a tener dominio de sí mismo, a obedecer i tener paciencia, no con palabras sino con hechos.

A fin de estar, como debe ser, al servicio de la cultura, la escuela tiene que educar al niño en el sentido de hacerlo apto para tomar parte activa i eficaz en el trabajo de dicha cultura i en la obra del perfeccionamiento comun, de modo que tambien los pequeños se sientan impulsados por la educacion escolar a llevar con gusto su grano de arena al gran edificio del futuro. Por eso la escuela no puede quedar ni por un momento estacionaria, sino que debe buscar el medio de aprovechar siempre los resultados de las investigaciones científicas progresistas, reconocidos como verdades i saber utilizarlos con fruto en su labor, difundiéndo los i haciéndolos cada vez mas prácticos.

La historia de la cultura nos dice que el intelectualismo parcial no es el que mas impulsa a la humanidad hácia adelante, sino los hechos, i la escuela que esto olvide no sólo no cumple su mision civilizadora sino que estravia su camino.

Esa actividad intelectual limitada a imitar i decir solamente, en lugar de hacer; incapaz, por consiguiente, de crear i producir por sí misma, es la causa primera del estacionamiento, del cual dista sólo un paso mui corto la decadencia.

No es una ilusion ni una opinion aislada, sino un hecho real, generalmente aceptado, de que por todas partes se nota hoi cierta decadencia del talento unida a un debilitamiento de la voluntad. Se les dirige i lleva demasiado de la mano, se escribe i prescribe tambien demasiado en vez de hacer i dejar hacer. Parece que la humanidad entera estuviera como petrificada en las formas antiguas, i olvidando las leyes del desarrollo, que es la vida misma, parece que se quisiera vivir eternamente en el «buen tiempo pasado», rodeándose cada vez mas de dogmas i de reglas que matan la iniciativa i sepultan el valor.

El cultivo exajerado de la intelijencia, el olvido casi completo de las frescas i oriijinales enerjías que el niño trae consigo a la escuela, la tendencia a instruirlo demasiado i autoritariamente, en una forma determinada, i la obligacion que se le impone de pensar siempre con pensamientos ajenos. producen esa pobreza de combinacion i falta de iniciativa. Todas las capacidades naturales i primitivas se las subordina al cultivo exajerado de la intelijencia i de la instruccion intelectual. El sentimiento, la fantasia, la accion etc., sólo tienen valor en cuanto sirven a aquélla.

Si la escuela debe ser en realidad una institucion de cultura, entónces no puede cerrar sus puertas a la accion creadora, fundada en la actividad espontánea del alumno, que descubre sus talentos i desarrolla sus capacidades. I si el estado moderno debe ser estado de cultura i hacer política cultural, entónces tiene que organizar sus escuelas en el sentido de estas

ideas, que son hoy las dominantes en el terreno de la educacion, sin economizar medio alguno para impulsar, elevar i aprovechar la totalidad de las enerjías productivas del pueblo.

La escuela pública, en todos sus grados, debe seguir al pueblo en su desarrollo i servir a la vida. Pero la vida no está quieta, sino en evolucion constante, en continuo movimiento de avance. A este movimiento ascendente de la vida, tiene que plegarse la escuela, si ha de ser lo que debe, es decir, un miembro activo en la cadena de las instituciones nacionales.

---

## La "Revista Contemporánea" en el extranjero

(De «El País» de Montevideo)

Acusamos recibo de los dos primeros números de la REVISTA CONTEMPORÁNEA de Santiago de Chile.

La aparición casi sincrónica de tres periódicos reflectores del arte i de la ciencia americanos, acusa una reaccion halagüeña contra la atonía reinante desde hace mucho tiempo en este órden de actividades.

No sólo por esto merece todas las simpatías la publicacion chilena. Hai algo mas: es la obra de un espíritu desinteresado, que a ella aporta entusiasmos juveniles i positivas dotes de artista i pensador, sin otro móvil que fomentar la difusion de la cultura i realizar la belleza.—Hablamos de su fundador i director, el poeta chileno Pedro Prado, a quien conocimos en el Congreso de Buenos Aires.

Los que, con alguna esperiencia en hombres i cosas, diagnosticamos por eliminacion de signos secundarios o efectistas pudimos apreciarlo en lo que vale; con tanta mayor facilidad cuanto él, gran amigo de los orientales, simpatizó de inmediato con nuestro grupo, del cual no se separó durante todo el Congreso.

Sus grandes cualidades se reflejan fielmente en la revista que nos ocupa. La acertada seleccion de las firmas; la orijinalidad i el buen gusto de su colaboracion personal; la correccion de la parte gráfica: todo lo revela.

En cuanto a colaboradores, ha sabido asegurarse lo mejor de Chile. El filósofo Molina en primer término.

De su orientacion en la literatura extranjera, informa el siguiente dato: en el último número figuran William James, Vaz Ferreira, Rodó i Unamuno.

Como se ve, nuestros escritores están bien representados.

Recomendarla calurosamente a la atencion de los lectores, nos parece un deber elemental.

---

## Bibliografía

---

*Poesías* de JOSÉ ASUNCION SILVA

Teníamos los oídos llenos del nombre de este poeta colombiano, poeta al cual se nos presentaba como el mas encumbrado roble de la selva lírica de América i de España. Indudablemente, el sentimiento de la nacionalidad, del patriotismo, ofusca fuertemente los criterios mas sólidos i no les deja ver claro allí donde un miope distinguiria los mas menudos detalles. Acaso tambien una vida i una muerte trágicas hagan del sentimentalismo un lente-rosa que embellezca todo lo que a aquéllas concierna cuando se las mira. Quiero decir que en este libro no he encontrado mas nota personal i honda que el Nocturno III. Lo demas es pura vulgaridad i revela una personalidad de indiferenciado. I no es que no me haya esforzado por encontrarle bellezas: el hecho de prologarlo Unamuno—el mas hondo, aunque fragmentario, de *mis* poetas—me llevó con el alma abierta ante este SILVA para que la llenara toda. El autor colombiano es de aquéllos que no logran modificarnos i que piden a gritos *sus estados de ánimo*.

ERNESTO A. GUZMAN.

---

REMY DE GOURMONT.—*Sixtine* (Roman de la vie cérébrale).—Mercure de France, Paris.

REMY DE GOURMONT, docto maestro en cosas de estética i excelente poeta simbolista, ha pretendido hacer de la novela una mezcla híbrida de sabios trabajos metafísicos sobre lo trascendental de la Belleza i de los Sentimientos, olvidándose por completo de aquellas sencillas máximas que presidieron en las mejores producciones de Maupassant, Balzac i Flaubert. Por mas enrevesadas e interesantes que sean las psicologías de dos personajes, como acontece con Madame Sixtine Magne i Hubert d'Entragnes, pretender desenvolverlas con lujo de detalles a traves de trescientas o mas páginas, olvidándose por completo de toda accion novelesca, resulta una majadería soporífera. I es así como la mayor parte de las novelas de REMY DE GOURMONT, *Une nuit aux Luxembourg*, *Un cœur virginal* i *Sixtine*, son tiradas eruditas de divagaciones sobre motivos de estética o prontuarios de una obra futura que se completa con los *Epilogues*, las *Promenades littéraires* i las *Promenades philosophiques*.

El autor de *Le latin mystique* es, ante todo, un intelectual que bien poco se preocupa de las relaciones que median entre el público culto i el escritor. Con sobrado desden reconoce, con uno de los personajes de *Sixtine*, que «la obra del artista es la lenta i cotidiana reaccion de la inteli-

jencia i de la voluntad sobre tal agrupamiento de células individuales.» I, luego, mas adelante, agrega: «La inutilidad de mi vida no es única: ella se confunde con la nada universal. Sí, pero yo no puedo, sin embargo, considerar mas que yo i yo solo, puesto que nada conozco fuera de mi conciencia.» Ya, ántes, al comenzar el volúmen, el protagonista Hubert d'Entragnes (léase, entre líneas, REMY DE GOURMONT), se esplicaba a sí mismo: «¿Si yo no soi mi propio juez, quién me juzgará, i si no me agrado a mí mismo, qué me importa agradar al prójimo?... El mundo soi yo; él me debe la existencia; yo le he creado con mis sentidos; él es mi esclavo, i nadie tiene poder sobre él.»

Bien, mui acertada toda esa teoría empírica, le argüiremos a Mr. DE GOURMONT. Ya sabemos que, en nuestro siglo, es preciso ser orijinal en algo para sobresalir de la solemne vulgaridad ambiente. I esto de la exaltacion del yo le ha acomodado a las mil maravillas al autor de *La physique del Amour*. Desde el buen dia en que Nietzsche tuvo la jenial ocurrencia de escribir su *Also sprach Zarathustra*, hemos asistido a diario a una especie de torneo intelectual, en el cual el arte está ensayando una gimnasia espiritua lista que le va conduciendo a un refinamiento pernicioso, llámese éste simbolismo, futurismo o impresionismo. La exaltacion aristocrática del yo del huraña filósofo aleman, traducida en aquella estúpida pretension del *Über-Mensch*, tan egoista como disolvente, tiene hoi sus epigones en la caterva de pseudo estetas que andan por esos mundos de Dios queriendo hacernos tragar cuantas vaciedades improvisa una cáfila de desequilibrados mentales. De aquí que, de cuando en cuando, las policías hijiénicas de un Max Nordau i de un Federico Spielhagen (este insigne novelista aleman ha refutado con notable acierto la filosofía arrivista de Nietzsche en un libro hoi célebre en la patria de Goethe), vengán como de perlas para desbrozar el campo literario de las malezas que lo invaden. Todo lo cual no lo digo, por cierto, con el objeto de allegar argumentaciones contra la obra de REMY DE GOURMONT en cuánto a esteta, que, como tal, es, a mi ver, con Robert de la Sizeranne, uno de los críticos mas comprensivos de la Europa contemporánea. En cambio, su sistema de hacer novelas me parece tan pretencioso como errado. *Sixtine* no es ni una buena disertacion sobre estética, ni como fábula tiene valor alguno. Hémos aquí ante Hubert d'Entragnes, el protagonista, uno de tantos *diletanttis poseur*, atiborrado de teorías metafísicas. Ciertó es tambien que el subtítulo del libro, *Roman de la vie cérébrale*, debia hacernos temer algo de antemano.

Hubert sueña con Huysmans «à une thébäide raffinée, à un désert confortable, à une arche immobile et tiède où il se réfugierait loin de l'incessant déluge de la sottise humaine». Él desea gozar, ya que «la hora presente existe para el condenado que sabe que la hora siguiente no le pertenecerá». Todo lo cual, i dicho sea con sinceridad de artista i de hom-

bre, constituye una de las tantas estupideces que se pueden decir bellamente. Es de suponer lo que una tal teoría disolvente podría significar, no ya para el porvenir de la colectividad social, sino que para la obra del artista mismo. Tengo para mí como muchísimo mas acertado aquello de un salchichero de Chicago, que acaso fué un filósofo: «Es necesario pensar en la conquista de las horas: que el tiempo caiga bajo nuestro dominio, al ménos en lo que su sucesion es perceptible para nuestra obra». Sin embargo, el misticismo de REMY DE GOURMONT, misticismo de *snab* que, como en el personaje de Lavedan, gusta de adorar a Dios crucificado en un bello retablo, afirmará aquella su primera elucubracion, cuando esclama con uno de sus personajes: «El dolor es inevitable; pero, léjos de ser malo, constituye el honor de la humanidad i la suprema razon de la existencia. Nosotros sufrimos para ser ménos cobardes: a fin de que en nuestra carne animal (animalidad) haya una ilusion de estética». O esta afirmacion tiene un sentido oculto, (recordemos que Mr. DE GOURMONT es simbolista) o lo transcrito anteriormente es una tontería.

En *Sixtine*, la accion, en el desenvolvimiento de la fábula, no existe. En las doscientas primeras pájinas de la novela, REMY DE GOURMONT presenta a Hubert de d'Entragnes divagando cual un lunático erudito, digno discípulo de Platon, por cierto que modernizado. El novelista se encarga de esplicarnos que éste es literato por aficion i mui dado a las altas cuestiones especulativas.

Un dia d'Entragnes conoció a Madame Sixtine Magne gracias a la condesa Aubry, que «con su gracia de negociadora de amores mundanos, le juntó bruscamente el uno al otro, cual si fuesen dos predestinados». Desde aquella entrevista, digna de dos discípulos de Kant, ella ha pasado a ocupar en su vida el lugar de una Dulcinea esotérica, tan deseada como las apariciones de ensueño de la ronda de Boticelli.

Nuevo Proteo, Sixtine pasa a ser para Hubert d'Entragnes, de un amor, el símbolo del amor mismo. I tan sólo cuando la Encantadora enigmática desaparezca para siempre de su ideal, comprenderá con Rusbroech el Admirable, en la desolacion de su soledad interior, «toda la espantosa miseria de aquellos que viven sin amor». Sin embargo, a imitacion de los santos eremitas de Fra. Dimenico Cavalca, acabará por escribir al fantasma que hizo florecer una estraña primavera de ensueños en su sér: «Yo te dejo a tus amores i yo me marchó al gran desierto. Adios».

Al terminar el último capítulo de *Sixtine*, a manera del broche de oro que cierra un misal antiguo, copia REMY DE GOURMONT las palabras de Santa Teresa: «Muchas veces, Señor mío, considero que si con algo se puede sustentar el vivir sin vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso».

Ainsi la Vie a tué le Rêve...

A. DONOSO.

E. Molina  
p. Profs

